

Ha publicado:

- La minería peruana y la defensa nacional. Proyecciones geopolíticas de la riqueza minera del Perú.* 1953.
Cómo debe ser una revista militar. 1956.
San Martín en Huaura. 1957.
Divulgaciones navales: barcos de guerra. 1961.
La batalla de Miraflores: 15 de enero de 1831. 1966.
El combate del 2 de mayo de 1866. 1966.
Campaña militar de Bolívar en el Perú. 1971.
Bolívar: Campaña de 1824. 1974.
Batalla del Alto de la Alianza: 26 de mayo de 1880. 1983.

Sin duda, en el Perú se ha deformado la verdad por lo que respecta a la acción de Bolívar en su Independencia, al extremo de que alguien ha preguntado si fue cierto que se dio la batalla de Ayacucho. En esto colaboró hace décadas un español muy respetable como escritor pero deliberadamente insoportable como historiador. Y es insoportable porque mal puede Madariaga atacar a Bolívar basándose en testimonios de enemigos del héroe, es decir, de muchos de aquellos aventureros que llegaron en las legiones extranjeras y que aspiraban ser generales con sólo llegar y que intrigaron y fueron expulsados y luego se dedicaron a intrigar desde el papel. Pues bien: Carrera Naranjo ha levantado, como todo peruano honesto y agradecido, bandera a favor de Bolívar y tal hecho no ha sido más que una exaltación a la verdad.

Quien lea "Bolívar: Campaña de 1824", que forma parte del volumen que hemos citado *La Independencia Nacional*, etc., podrá formarse juicio del talento de este militar que ha seguido la trayectoria del Libertador a través de los valles y nevados del antiguo Imperio de los Incas.

Al *Boletín de la Academia de la Historia*, de Venezuela, le es grato insertar el trabajo de nuestro Correspondiente en el Perú, Teniente Coronel Carrera Naranjo, por ser un valioso e inestimable documento de interés para la historia de la Independencia de América y en especial por el carácter didáctico que le anima orientado hacia la juventud. El Boletín se honra con publicarlo.

J. A. DE ARMAS CHITTY

* * *

BOLIVAR: CAMPAÑA DE 1824

Por el Teniente Coronel ABEL CARRERA NARANJO

Con estas charlas de hoy y de mañana, estimados señores profesores, son tres las oportunidades que he tenido de reunirme con los representantes del magisterio. Oportunidades muy agradables las tres, lo digo con entera franqueza. Primero en 1970, luego al año siguiente, por último en éste del Sesquicentenario de Ayacucho, debo manifestarles a ustedes el significado profundo que para mí

tienen estas cordiales reuniones con la señora, la señorita y el señor a quienes, confiados, entregamos nuestros hijos. Por lo general, no tomamos el peso de lo que esta entrega representa, porque olvidamos o desconocemos el papel decisivo que el maestro cumple en la sociedad. Y por lo mismo que de historia vamos a ocuparnos, recordemos lo que sobre su maestro ha dicho una figura histórica de la antigüedad: Alejandro. Alejandro, hijo de Filipo, discípulo de Aristóteles, manifestó: "Por supuesto que a mi padre le debo el vivir, pero a mi maestro le debo el vivir bien".

Igual que en las charlas anteriores, deseo que con la entusiasta e inteligente colaboración de ustedes, ésta de 1974 resulte activo y fructífero diálogo, y no árido y somnífero monólogo.

El tema que hoy me toca desarrollar es, con variantes, el de las otras veces: Bolívar. Perfectamente sé, señoras y señores, que la simple enunciación de este corto nombre de tres sílabas, Bolívar, resulta sonido poco grato para muchos oídos peruanos. Con razón o sin ella —no es ocasión de dilucidar el asunto—, esta disonancia, en los tímpanos de tantos compatriotas es un hecho real. Indiscutible. Hipócrita sería el pretender negarlo. La leyenda negra antibolivariana está muy difundida en nuestro país, es cosa por demás sabida. Y por venir a cuento, voy a referirles a ustedes lo sucedido hace pocas semanas en una ciudad norteña.

Encargados de representar a la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia en el 150 aniversario de la llegada del Libertador a Cajamarca (13 de diciembre de 1823), viajamos tres amigos a esta hermosa e histórica "Ciudad de Atahualpa". Reunidos en la Prefectura con todas las autoridades locales, se procedió a esbozar el programa de la sesquicentaria ceremonia. Tiza en mano uno de los delegados capitalinos —el teniente coronel Alfonso Zevallos de la Puente, hijo de Cajamarca—, iba anotando en la pizarra los diversos actos del programa a medida que eran discutidos y aprobados. Al mencionarse el punto referente a "Lectura del Acta" que en el libro ad hoc del Concejo Provincial se registraría la "Sesión Solemne" por llevarse a cabo en la Municipalidad en homenaje al Libertador, una de las autoridades allí presentes manifestó, entre sorprendida y disgustada —más disgustada que sorprendida, así nos pareció—, que aceptaba, "cuando mucho", lo ya aprobado, pero que la inclusión de tal "Acta" la estimaba él —son sus palabras— "exceso de formalidad tratándose de un personaje tan controvertido como es Bolívar".

Tan apasionado exabrupto nos puso en la necesidad de solicitar la debida fundamentación de punto de vista tan personal. Le preguntamos, pues, que cuáles eran los hechos que, para él, convertían a Bolívar en "controvertido".

"Usted lo sabe mucho mejor que yo, señor", nos replicó con desabrimiento. "Para señalarle —agregó con vehemencia— un solo punto que demuestra ser Bolívar figura nefasta de nuestra historia, no podrá usted negar, jamás, que para debilitar al Perú frente a Colombia, pérfidamente, nos quitó el Alto Perú".

La tiza hubo de cambiar de mano, y utilizando la pizarra explicamos, gráficamente, mediante croquis geográficos, cómo el Virreinato del Perú fue reduciéndose en extensión a medida que la necesidad de un mejor gobierno obligaba al

Rey de España a crear otros virreinos y capitanías generales, exactamente como ha sucedido en la época republicana con nuestro departamento de Loreto, de cuyo antiguo e inmenso territorio han salido —otras tantas costillas de Adán— los modernos departamentos, vástagos suyos, de San Martín y Madre de Dios, por ejemplo. Etcétera.

En las notas números 3 y 5 del texto de esta charla damos una síntesis de esta explicación nuestra. Encontrándose entre los presentes el Director de la Casa de la Cultura de Cajamarca, señor Andrés Zevallos de la Puente, le solicitamos nos facilitase el local de su cargo para desvirtuar, públicamente, las muchas leyendas contrarias al Liberador que profusamente circulan en nuestra patria, entre las cuales la pretendida amputación del Alto Perú es acaso la más socorrida. Acordada para el día siguiente la charla, para lo que de inmediato se dispuso por el señor Alcalde la invitación pública, nos permitimos rogar al señor “controvertido” su asistencia al conversatorio. Algo más. Le sugerimos la conveniencia de que no dejara de concurrir su personal subalterno, y que este personal preparase con anticipación todas las preguntas que desease formularnos. Así nos lo prometió.

La asistencia fue a la verdad numerosa. El diálogo resultó muy animado, y se prolongó por algo más de dos horas y media. Recordamos que hasta algunas monjitas se hicieron presentes, lápiz y cuaderno en mano. Entre esas religiosas no faltaron las extranjeras, alemanas, norteamericanas y españolas... pero no asistió el amigo “controvertido”. Tampoco concurrió una, siquiera, de las muchas personas de las que era él jefe. Esta contumacia y obstinación en no querer escuchar opiniones contrarias evidenció, una vez más, la mucha verdad del viejo refrán: “No hay peor sordo”...

I. ANTECEDENTES

Las Juntas de Gobierno

Es bien conocido que al producirse la invasión de España por los ejércitos de Napoleón (1808-1814), y remitidos a Francia en condición de prisioneros el Rey Carlos IV y la familia real —las “personas reales”, como entonces se decía—, en la América española se constituyeron Juntas de Gobierno (1809-1810), a imagen y semejanza de las recientemente establecidas en la propia metrópoli. En un principio estas Juntas americanas fueron *fidelistas* o leales a la Corona,¹ pero paulatinamente tórnense francamente *separatistas*, es decir, de marcada tendencia a cortar todo vínculo político con España. Mejor que nadie, este delicado momento histórico americano lo expresa en México el peruano Talamantes con estas palabras: “Si no hay rey, no hay virrey; y si no hay virrey, pues tampoco hay Audiencia, y es entonces que el pueblo recupera el ejercicio de la autoridad”.

Como verdadera enfermedad epidémica, las Juntas brotan en forma casi simultánea a lo largo y ancho del continente: en Caracas, Quito, Buenos Aires, Bogotá,

1. De ahí, por ejemplo, el caso de Caracas: depuesto el capitán general Vicente Emparan, en abril de 1810, se creó la *Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII*.

Santiago de Chile, México. Es decir, no todas las colonias, excepto el Perú, que por el momento se lame las graves heridas de 1780-1783, ocasionadas cuando la insurrección de Túpac Amaru, en tanto se prepara para lanzar la terrible explosión volcánica que va a ser la insurrección del Cuzco de 1814.² No nos hemos olvidado del Alto Perú, *entonces parte integrante del Virreinato de Buenos Aires*.³ A mediados de 1809, en la docta Chuquisaca y en La Paz, los altoperuanos organizan gobiernos autónomos, que resultan de muy efímera vida. Este movimiento es sofocado por el general realista Goyeneche, arequipeño, y el valeroso caudillo de la revolución, Pedro Domingo Murillo, paceño, muere en la horca. En momentos de serle colocada la cuerda por mano del verdugo, lanza su profética y famosa frase: “La tea que he encendido no se apagará jamás en América”.

-
2. Complejas causas —políticas, económicas, sociales— impidieron que sobre el mapa de la América española pudiesen los peruanos clavar el alfiler de su coloreada banderita “Juntista”. Resultaba imposible, en efecto, que en Lima, a dos, cuatro o diez cuadras de la Casa de Pizarro —ocupada por Abascal, a quien obedecían varios millares de soldados en la propia ciudad—, se instalase y funcionara, impunemente, una Junta de Gobierno, como sucede en Buenos Aires y Santiago, por ejemplo. Por otra parte, ya la sangre había corrido a raudales en nuestra patria —rebeliones y conspiraciones de Santos Atahualpa, Túpac Amaru, Ubalde Crespo y Castillo, Zela, hermanos Angulo y Pumacahua, Gómez—, lo que no sucede en otras colonias. La extremadamente sangrienta reconquista, por los realistas, de vastas regiones del territorio peruano momentáneamente perdidas cuando los formidables levantamientos de Túpac Amaru y de los Angulo —el país “ha quedado en estado tan deplorable que apenas el espacio de un siglo será capaz de restablecerlo”, dice del primero de estos levantamientos un contemporáneo, el canónigo argentino Baltasar Maciel—, hizo luego sumamente difícil el estallido de una nueva insurrección. Esta evidente dificultad —hueso soldado, hueso reforzado— ya la había observado Maquiavelo tres siglos antes de Abascal: “Bien es muy cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se reconquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles”. (*El Príncipe*, cap. III).
 3. Hemos subrayado esta dependencia territorial de la antigua audiencia de Charcas para llamar la atención del lector acerca de la falsedad de la tan difundida como ingenua leyenda de que “*Bolívar nos quitó el Alto Perú*”.
 - I. Quien *realmente* —en la doble acepción de *verdadero* y *perteneciente al rey*, de esta palabra—; quien *realmente*, repito, “quitó” el Alto Perú al Virreinato de Lima, para cederlo al de Buenos Aires, fue el Rey Carlos III (1716-1788), mediante un simple plumazo estampado cuarenta y siete años antes que Bolívar pisara playas peruanas. ¡Y nada menos que siete antes de que naciera el Libertador! Esta transferencia de jurisdicción fue dispuesta, efectivamente, en 1776, en tanto que Bolívar vio la luz en 1783 y vino al Perú en 1823.
 - II. Para convencerse de lo infundado de la fábula antibolivariana, será suficiente consultar la cartografía histórica colonial. Así, en un mapa de América Meridional que tenemos a la vista en momentos de escribir, —mapa oficial español, de 1777, mapa que simplificado reproducen todos nuestros textos escolares de Historia del Perú—, se nos muestra en toda su inmensa extensión el Virreinato de Buenos Aires, como que sus fronteras encerraban los territorios de las actuales repúblicas de Argentina, Paraguay, Uruguay y ¡*Bolivia!* Algo más, como yapa: ese virreinato tenía salida al Océano Pacífico por la desértica región de Atacama.
 - III. Diremos, de paso, que el primer virrey de Buenos Aires —primer gobernante del descomunal territorio de esas cuatro repúblicas de hoy— fue Pedro de Cevallos, quien

A poco descubre España que está a punto de perder sus extensos dominios coloniales. ¿Qué hace para combatir estos movimientos de independencia, para aplastar a estos “insurgentes”, como oficialmente los denomina?

Madrid y Lima

Observemos el mapa de América del Sur, pero imaginemos cómo lo vería desde la propia España el asendereado gobierno de la metrópoli que ha reempla-

-
- lo rigió muy corto tiempo (1777-78). Lo siguen, Juan José Vértiz (1778-1784), Nicolás del Campo (1784-1789), Nicolás de Arredondo (1789-1795), etc. etc.
- IV. Algo más: la Intendencia de Puno —o su equivalente, el actual departamento de este nombre, más parte del de Madre de Dios— perteneció al Virreinato de Buenos Aires desde 1776 hasta 1796, año este último en que por real cédula fue reincorporada al Virreinato de Lima.
- V. Si el lector se tomara la molestia de consultar documentos coloniales sobre la insurrección de Túpac Amaru (1780-1783), encontraría múltiples referencias de que los rebeldes cuzqueños penetraron al Virreinato de Buenos Aires *apenas* iniciado el movimiento, pues el Virreinato de Lima tenía sus linderos, en este momento, en la región de La Raya (actual límite entre los departamentos de Puno y Cuzco). Y La Raya queda a escasos 70 km. de Tinta, epicentro de la terrible convulsión. No son indispensables los documentos coloniales. Recurramos a un conocido autor peruano, Carlos Daniel Valcárcel, quien escribe: “El 7 de diciembre de 1780 Túpac Amaru cruzó la frontera entre los virreinos del Perú y de Buenos Aires”... “*Rebasada La Raya, al avanzar ya por territorio del Virreinato de Buenos Aires Túpac Amaru penetró sin resistencia en diferentes pueblos y llegó cerca de Ayavivi*”... “De Ayavivi pasó a Pucará y luego al pueblo de Lampa, en donde entró el 9 de diciembre. La casa del Corregidor fue saqueada”... (“*La Rebelión de Túpac Amaru*”, México, 1947, págs. 65-67).
- VI. Todavía más. En setiembre de 1822 llegan a Londres los comisionados de San Martín, García del Río y Paroissien, encargados de concertar el primer empréstito peruano. Al solicitarles el ministro inglés de Relaciones Exteriores, Jorge Canning, cierta indispensable información nuestra, entre ella la de señalar los límites del Perú en un mapa de la América del Sur que tenía en su despacho —situado ya en el Dawning Street 10, lo que luego hiciera famoso Winston Churchill—, los agentes del Protector le entregan una extensa “*Memoria sobre el estado del Perú*”, fechada el 6 de noviembre del mismo año. En este documento, cuyo original existe en Londres, se precisa, en efecto, por ambos delegados de nuestra patria: “Aquella porción del nuevo mundo conocida con el nombre del Perú comprehende toda la parte Austral de la zona tórrida que corre N.S.”... “Son sus límites al Este el Brasil por una parte, y por otra, países habitados por Indios incultos; al Oeste el Océano Pacífico”...; “*la laguna de Titicaca y una gran llanura le dividen de las Provincias del Río de la Plata*” (República Argentina).— (“Colección Documental de la Independencia del Perú”, tomo XI, volumen 2º, *Misiones Peruanas*, Lima, 1972, página 75). Téngase presente que en momentos de firmarse esta *Memoria*, documento oficial peruano —año 1822—, ¡todavía Bolívar no ha puesto los pies en suelo peruano!

No obstante estos hechos evidentes acreditados en documentos históricos de valor irrefutable, subsiste aún la paparrucha aquella de que la malquerencia de Bolívar a nuestra patria era tan grande, que cierto día, sulfurado, descolgó del clavo el mapa del Perú que tenía en su despacho, cogió una tijera... y ¡zas!, de un tijeretazo ¡pues nos despojó del Alto Perú!

zado al rey cautivo.⁴ El inmenso Brasil, con su punta de Recife, semeja un gigantesco tajamar que, acercándose al Africa, divide en dos sectores el Océano Atlántico. Este mismo Brasil con su prolongación occidental, el Perú, aislan, de océano a océano, del Atlántico al Pacífico, las dos secciones en llamas de su imperio colonial: el bloque Venezuela-Colombia, al norte, y el bloque sur, Chile-Buenos Aires (este último con *sus provincias altas* o Alto Perú).⁵

Conocen bien los bomberos que un incendio se combate aislando sus varios focos y concentrando luego, en forma sucesiva, medios suficientes de lucha contra cada uno de ellos. La dispersión es enemiga de la eficacia. Pues exactamente de este modo es como actúa el gobierno español. Para suerte de la Corona, en esta delicada coyuntura el Perú desempeña el papel de espléndido cortafuego: elevado y sólido muro que impide que la América española, íntegra, se convierta en una sola, rugiente y gigantesca hoguera, desde las cálidas orillas del Caribe hasta las frías pampas de la Patagonia.

España envía a Venezuela —foco el más peligroso y más cercano a la metrópoli— fuertes expediciones militares al mando de valerosos jefes experimentados en la lucha contra Napoleón en la dura y sangrienta guerra que termina con la expulsión del intruso rey José Bonaparte. Es así cómo enfrenta al precursor Miranda, primero y por breve tiempo; más tarde, y ya por trece años, a Bolívar. ¿Y qué hace España para sofocar el fuego en el sector sur del continente meridional? No fue necesaria su intervención, si exceptuamos el envío de cierto número de excelentes jefes y de muy cortos efectivos de tropas. Abascal, virrey del Perú, obrando con celeridad y patriotismo encomiables, acude *motu proprio* a aplastar las rebeliones porteña, chilena y quiteña.

Graficando la situación del imperio español, como observamos en la figura,* se montan dos poderosos grifos contra incendios, para combatir el voraz fuego de

4. Este gobierno —la Junta Central— cumple su delicado cometido en forma realmente paradójica: *es un gobierno en el exilio dentro de su propia patria*. Recuérdese en efecto, que José Bonaparte —al que los burlones madrileños apodan Pepe Botellas y Rey Plazuelas— ha sido impuesto como soberano de España por mandato de su poderoso hermano, contando, no obstante, con la aceptación y colaboración de buen número de influyentes peninsulares —intelectuales y políticos, mayormente— los famosos “afrancesados”, como despectivamente los ha bautizado la oposición española. Igual que el Perú de mediados de 1823 —Riva Agüero *versus* Torre Tagle, Trujillo *versus* Lima—, España tiene en estos difíciles días de los levantamientos de sus colonias, un gobierno bicéfalo: José I *versus* Junta Central, Madrid *versus* Sevilla.

5. Si el lector deseara un testimonio adicional referente a la legítima pertenencia del Alto Perú, citemos a un autor argentino, Juan Bautista Alberdi (1810-1884). Dice este ilustre político y jurisconsulto al juzgar la abdicación que San Martín hace del gobierno de nuestra patria y del mando del ejército: “Dejó la campaña a la mitad y a las provincias argentinas del Norte —Alto Perú— en poder de los españoles, hasta que Bolívar las libertó en Ayacucho, en 1825, con cuyo motivo dejaron de ser argentinas para componer la República de Bolívar”. (“El crimen de la guerra”, Editorial Molino, Buenos Aires, 1943, pág. 168). Si no se señala lo contrario, todos los subrayados son nuestros. Igual observación hacemos respecto de los paréntesis aclaratorios.

* No se incluye ningún esquema en este libro.

la insurrección americana: uno en Madrid, el otro en Lima. Y en tanto que Madrid envía a Venezuela grueso torrente de soldados, españoles, desde luego; Lima cumple con lanzar a Quito, Chile y el Alto Perú otro poderoso torrente de soldados, peruanos, claro está, en su gran mayoría. Por un cierto tiempo, este esfuerzo del Perú español logra completo éxito: "Abascal, con hombres y recursos peruanos, mantiene en jaque al continente" (Jorge Basadre, "Meditaciones sobre el destino histórico del Perú", Lima, 1947, pág. 57).

Pero existe diferencia entre el elemento humano que España envía a Venezuela y el elemento con el que acude Abascal a sofocar la rebelión de los territorios vecinos. El español es hombre plenamente consciente de la causa por la cual lucha y muere, en tanto que el peruano, enrolado por la fuerza en el ejército realista, ignora por qué se le arranca de su escondida querencia andina y se le lleva a combatir sin entusiasmo contra sus hermanos del Río de la Plata y del Mapocho.⁶

El español que obedece a Monteverde, a Morillo y a Boves, y que en los llanos del Orinoco enfrenta a Bolívar, a Páez y a Ribas, tiene la íntima convicción de que lucha y muere por su rey y por su patria. El campesino peruano que resignado sigue a Goyeneche, a Osorio y Marcó del Pont, y que en el Desaguadero, en Rancagua y en Chacabuco enfrenta a Castelli, O'Higgins y San Martín, sabe solamente que debe disparar y cargar a la bayoneta cuando se le ordena hacerlo contra otros hombres de uniforme apenas diferente del suyo propio. La elevada calidad del soldado realista que combate en Venezuela y Colombia, obliga a Bolívar a llevar adelante una guerra prolongada y sangrienta en extremo, sin igual en todo el continente americano. En este territorio ambos bandos proclaman, oficialmente, y llevan a cabo, con salvaje encarnizamiento, "la Guerra a muerte". Tan tenaz es la lucha en el

6. También soldados americanos de diversas latitudes combaten en las filas españolas, no solamente en el Perú. Tal sucede en las actuales Colombia y Venezuela, por ejemplo. Los pastusos (de Pasto, Colombia) y los habitantes de Carúpano (pequeña población del litoral nororiental venezolano) fueron fanatizados a favor de España hasta un grado apenas concebible. Para confirmarlo, un pequeño botón de muestra. Desde la mencionada población venezolana, en carta al general Arismendi, escribe Bolívar el 26 de junio de 1816: "*Es imposible que en la Costa Firme* (nombre antiguo del litoral atlántico de Colombia y Venezuela), *haya un país* (región) *más realista que éste*, por cuya razón el número de hombres que se nos ha suministrado no pasa de cien, *estando los demás haciéndonos la guerra en partidas* (guerrillas), *o con el enemigo*" (ejército regular español). ("Escritos del Libertador", tomo IX, Caracas, 1973, página 286).

Entre los realistas peruanos, en cambio, no hubo fanatismo comparable. Por el contrario, la desertión del soldado peruano constituía el talón de Aquiles del Ejército Real. Inacabables mantos de Penélope, los batallones realistas, compuestos de serranos especialmente, se hacían y deshacían con prodigiosa celeridad. Hablando de este grave problema, escribe el Virrey del Perú, Pezuela, al Secretario de Estado, dos años antes de la llegada a Pisco de la Expedición Libertadora: "La desertión es tan escandalosa, continua e inextinguible en todos los cuerpos"... "tan monstruosa, que a la vuelta de poquísimos días causa en ellos bajas enormes que es preciso estar perpetuamente reponiendo con indecibles fatigas, dificultades y costos, por lo cual he llegado a presumir que puedan haber seductores ocultos que la promueven". (Lima, 12 de noviembre de 1818). (Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo XXII, "Documentación oficial española", volumen 2º, Lima, 1973, página 38).

norte del continente, que Venezuela ve reducida en un tercio su población y convertidas en ruinas sus ciudades.⁷

El terreno endurece la raíz de la planta

Así como la raíz de una misma planta se endurece extraordinariamente si tiene que atravesar terrenos muy resistentes, o se conserva blanda si la tierra es suelta o húmeda —la función crea al órgano—, en igual forma los ejércitos que obedecen a Bolívar se hacen más aguerridos y tenaces en proporción a la resistencia opuesta por sus empecinados adversarios. Si comparamos las muchas campañas libradas por Bolívar en Venezuela, con la de San Martín en Chile, constatamos que el número de acciones libradas por el primero es inmensamente superior a las del segundo, e igualmente el número de bajas producidas en las batallas del venezolano es considerablemente mayor que en las del argentino. Así, por ejemplo, la de Chacabuco se gana al precio de escasamente *once* muertos, por lo que el historiador argentino general Mitre, acertadamente, la define: “es la gran victoria menos costosa que se haya dado en el mundo”. (*Historia de San Martín y de la Emancipación Americana*”, Buenos Aires, 1889, tomo II, pág 18). Esta marcada diferencia queda confirmada por los propios protagonistas españoles. Son muchos los jefes y oficiales de esta nacionalidad que han consignado en su correspondencia el marcado temor que les inspiraba el tener que luchar en Venezuela, y no así en las regiones meridionales del continente.⁸

7. Mencionaremos un solo caso de atroz matanza en esta guerra exterminadora, la que en el seno familiar sufre el propio glorioso vencedor de Pichincha y Ayacucho, general Sucre. En 1814, tomado prisionero luego de valerosa resistencia, y no obstante encontrarse herido, su hermano Pedro, mozo graduado de teniente coronel, es fusilado por orden del sanguinario jefe realista Boves. Tres años más tarde, Francisco tiene el mismo triste final. Un tercer hermano, Vicente, a pesar de encontrarse en el lazareto aquejado de enfermedad incurable —elefantiasis—, es asesinado por el despiadado enemigo. Su madrastra perece al lanzarse por un balcón en desesperado intento de escapar de los ultrajes de feroz soldadesca; y simultáneamente, la hermana del futuro Mariscal de Ayacucho, Magdalena, hermosa niña de dieciséis años, muere de terror ante el espectáculo de ver invadido el hogar paterno por desenfrenada horda que asesina y se entrega a infernal pillaje. Algo más, todavía. Como la guerra es sin cuartel, la población de las ciudades se ve obligada a emigraciones en masa. En uno de estos éxodos de civiles realizado por vía marítima —antecedentes del Dunkerque inglés de 1940, si bien estrictamente militar éste— perecen otras dos hermanas al zozobrar la maltrecha nave en que huían de la encarnizada persecución realista.

Y sin embargo, un hombre que pierde siete familiares en forma tan cruel, sabe dominar su ira y no ejerce el menor acto de venganza —*retaliación*, ley del talión, como se decía en la Venezuela de la época— cuando ve al enemigo vencido. Por el contrario, luego de ambas decisivas victorias, Pichincha y Ayacucho, este Bayardo americano, auténtico santo laico, concede a sus derrotados adversarios las capitulaciones más generosas. Tan generosas, las dos, que no parecen haber sido firmadas por un vencedor y un vencido, sino convenios acordados entre potencias igualmente soberanas.

8. Veamos, por ejemplo, lo que escribe un oficial peninsular, el capitán Rafael Sevilla, que forma parte de la expedición del general Pablo Morillo, compuesta por 12.500 soldados, enviada por España a América en el año 1815: “A las 8 de la mañana del 17 (febrero de 1815), un espectáculo conmovedor, análogo al de Trafalgar, se presenciaba

En conclusión, la diferencia de resistencia del adversario obliga necesariamente a ambos generales —como las raíces al terreno— a adaptarse al medio. Al soldado expedicionario español, que engréido de sus victorias sobre las tropas napoleónicas llega a Venezuela, Bolívar no puede vencerlo sino mediante la destrucción física, es decir, por la derrota en el campo de batalla luego de tenaz y sangrienta lucha. Lo mismo puede afirmarse del colombiano o venezolano hábilmente fanatizado por los oficiales realistas, según se señaló en la nota 6. En consecuencia, Bolívar seguirá en el Perú su mismo sistema de guerra ya largamente experimentado. Al soldado peruano que desganado obedece a los jefes españoles, San Martín, a su vez, piensa que es posible, y económico en vidas, más que derrotarlo, ganarlo a la causa mediante una eficaz prédica revolucionaria, es decir, sin que fuera indispensable llegar a la lucha misma.⁹ Están esbozadas las formas diferentes como Bolívar y San Martín proyectan llevar a cabo sus campañas en el Perú, uno y otro en los momentos que el destino les señaló actuar: en 1820, 1821 y 1822, el argentino; en 1824, el venezolano.

desde las murallas de Cádiz. Dieciocho buques de guerra y cuarenta y dos transportes, 60 naves en total, levaban anclas obedeciendo la señal del navío "San Pedro", poniéndose en marcha... Cuando ya no veíamos más que mar y cielo, presentaba aquella formidable escuadra un aspecto imponente. Desde el descubrimiento de América, ninguna tan numerosa había cruzado el Atlántico".

"Sin novedad navegamos hasta el día 25, en que al asomar la aurora, dio la señal el navío de estar *al paio* (maniobrar las velas para detener la marcha de una nave, en espera de órdenes posteriores). En seguida se puso *en facha* (maniobra algo semejante a la anterior), y echó al agua un bote con dos oficiales de a bordo, que empezaron a recorrer todos los buques, *trayéndonos la infauta noticia de que no íbamos al Río de la Plata, como se había dicho, sino a Costa Firme* (antiguo nombre del litoral de Venezuela y Colombia). Así lo preceptuaban los pliegos reservados de Su Majestad que se acababan de abrir a aquella altura".

"*General consternación causó esta nueva.* Todos sabíamos que en Buenos Aires (no se refiere el autor a la ciudad, sino al virreinato de este nombre, que entonces se extendía —como se ha dicho en la nota N° 3— desde el lago Titicaca y río Desaguadero, hasta la Patagonia— y Montevideo los rebeldes estaban divididos, que no de sus bandos esperaba las tropas del Rey, *para pasarse a ellos y auxiliarlos*, y que en la Costa Firme la guerra se hacía sin cuartel y con salvaje ferocidad".

Comprendiendo el general Morillo, el mal efecto que el cambio de destino había producido en sus tropas, "nos mandó una proclama entusiasta, recordando los laureles que habíamos obtenido en la campaña contra el francés (Napoleón), y manifestándonos que debíamos alegrarnos de ir a un país más cercano al nuestro". ("*Memorias de un oficial del ejército español. Campaña contra Bolívar*". Editorial América. Madrid, España, sin fecha, págs. 22-24).

9. Esta propaganda, orientada en el sentido de ganarse los corazones peruanos, se lleva a cabo por diversos medios: agentes, proclamas, cartas... La difusión de proclamas se inicia desde Chile, varios años antes de la llegada de San Martín a nuestra patria. Según refieren oficiales integrantes de la división del general Arenales, ya en la primera campaña a la Sierra de este jefe (1820) —siguiendo el itinerario: Pisco-Ica-Huamanga-Huancayo-Tarma-Coro-Huaura— pudieron constatar que numerosos campesinos, aun en los más apartados caseríos andinos, conservaban esas proclamas con conmovedor cariño, largo tiempo después de haberlas recibido. En algunos casos, incluso, estos impresos fueron utilizados a manera de salvoconducto por sus entusiastas poseedores. Las proclamas las hizo imprimir el gobierno de Santiago, en idiomas castellano y quechua, y fueron distri-

Sine sanguine ha de ser la acción libertadora en el Perú, se dice a sí mismo San Martín. Para dar libertad al Perú debo hacer una *guerra de aniquilamiento* de las fuerzas que lo sojuzgan, resuelve Bolívar. Largo tratamiento médico recomendará el primero; certera y veloz técnica quirúrgica será la intervención del segundo.

* * *

Dice Maquiavelo que para apreciar la majestuosidad de las montañas, debemos situarnos en la llanura que se extiende a sus pies; así como para contemplar en toda su amplitud y belleza una dilatada llanura, conviene subir a una elevada montaña. Es por ello que para mejor comprender la campaña llevada a cabo por Bolívar en el Perú —tema de esta charla de hoy y mañana—, estimamos oportuno echar antes una ojeada a la empresa cumplida por San Martín en nuestra patria. Sólo en esta forma, sobre un mismo teatro de guerra y frente al mismo adversario, podremos apreciar debidamente las maneras de actuar de uno y otro general.

II. SAN MARTIN EN EL PERU

...“Como las posiciones de la Sierra que ocupa el enemigo (en Jauja) las puede disputar palmo a palmo, y por otra parte, la terquedad de los españoles es bien conocida, *creo que el modo de negociar la paz con ellos* es llevarles la guerra a la misma España; por lo tanto, estoy resuelto... que las fragatas Prueba y Venganza... salgan de ésta a principios de agosto con destino a Europa”.

“Si usted puede unir a estas fuerzas algunas de Chile, la expedición tendría los mejores resultados. Contésteme sin perder momento”.

SAN MARTIN, a Bernardo O'Higgins (Santiago de Chile), Lima, 26 de junio de 1822 (dieciocho días antes de viajar a Guayaquil para entrevistarse con Bolívar).

Llegué, vi, vencí, debió ser el comprimido informe que San Martín pudo remitir a O'Higgins, acaso a los seis meses de pisar suelo peruano. Es lo cierto que salió de Chile contando con fuerzas suficientes para lograr una pronta culminación de la empresa libertadora de nuestra patria, y no es menos cierto que el poder realista en el Perú pasaba entonces por gravísima crisis. Crisis múltiple: económica, política, moral. De haber procedido el general argentino con audacia

buidas profusamente en nuestro litoral por la escuadra chilena, que comandaba Cochrane, en sus varias incursiones llevadas a cabo en los años 1819 y 1820.

Desde Chile, en cierta ocasión solicita San Martín a agente suyo en Lima un informe sobre el estado de ánimo de los muchos oficiales peruanos que sirven en el Ejército Real. *Los oficiales peruanos* —se le responde— *se encuentran en un estado de indecisión, tristeza y turbación, preguntando a todos qué harán. Calculo, pues, que su resistencia será débil*”. El mismo informante desliza un consejo al general: que las fuerzas libertadoras obtengan desde el primer momento algunas victorias, aunque pequeñas, “*para decidir a estos oficiales y otros muchos que se mantienen en la incertidumbre*”.

y celeridad —como las operaciones previas a Chacabuco—, el Perú habría conquistado su independencia en 1821, y no sólo a fines de 1824, ya con Bolívar, luego de pasar por las derrotas y zozobras de los años 22, 23 y 24.¹⁰ Señalamos a continuación algunos de los hechos en que basamos nuestra afirmación. Pero antes, en veloz desfile cinematográfico, veremos el desarrollo total de la acción de San Martín en nuestra patria utilizando esquemas que hemos preparado. (Son los mismos que, mejorados y en colores, se incluyen en la obra “Antología de la Independencia del Perú”, 1972, de la Comisión Nacional del Sesquicentenario).

Ni tantos ni tan pocos

Se hace mucho hincapié en que San Martín, en audaz alarde, “con menos de 5.000 soldados enfrenta a más de 20.000 *aguerridos y gallardos peninsulares*”, que obedecen al virrey Pezuela. Aunque documentos de valor inobjetable asignan a los realistas cifra muy inferior a la antes expresada, aceptemos ese efectivo de tropas. Tengamos, sí, en cuenta que esa relación de fuerzas no representa, en absoluto, una *constante* en todo momento favorable a los realistas. Para explicarnos mejor, recurramos a una analogía, tal como se muestra en este diagrama.*

Imaginemos, para ello, vasos comunicantes de los que se estudian en Física Elemental, sistema hidráulico constituido por dos vasos unidos por un tubo inferior. Instalada sobre este tubo, una llave permite el paso del agua de uno a otro recipiente. Pues bien, si suponemos que uno de nuestros vasos contiene 5.000 litros de agua y 20.000 el otro, éste sería el estado relativo de fuerzas al producirse el desembarco de la Expedición Libertadora, enviada a nuestra patria por el gobierno chileno que preside Bernardo O’Higgins. Debemos tener presente que en el momento preciso de pisar tierra peruana, el general San Martín abre la llave que pone en comunicación nuestros vasos. ¿Y qué sucede, de inmediato? Al llegar al lejano Guayaquil la esperada y muy agradable noticia, su guarnición realista, *íntegra* —1.500 soldados, cuzqueños muchos de ellos—, se pasa a la patria. En otras palabras, esa llave deja pasar 1.500 litros del vaso de nivel alto, que ingresan, claro está, al otro vaso.¹¹

Con este solo trasiego, la relación de fuerzas, que era de 4 a 1, ya no alcanza a ser de 3 a 1. Continuemos abriendo nuestra llave: 996 realistas del regimiento Numancia, que cerca de Chancay imitan a sus camaradas de Guayaquil; de los

10. Tales, las derrotas de Macacona (Ica), Torata, Moquegua y el Desaguadero (“El Talón”); motín de Balconcillo, en que el ejército, por la presión de las bayonetas, depone al Ejecutivo (trivirato), e impone al Congreso la presidencia de Riva Agüero; motín del sargento Moyano, del regimiento Río de la Plata, que entrega a España las fortalezas del Callao; defecciones de Riva Agüero y de Torre Tagle, seguida, la del último, de multitud de funcionarios públicos que se cobijan bajo las banderas españolas; doble ocupación de Lima por los ejércitos realistas (junio de 1823 y marzo de 1824), etc., etc.

* No se incluyen figuras en este libro, ya se dijo.

11. Desde el puerto de Guayas, José Joaquín Olmedo escribe a San Martín: “Al amanecer del 9 (octubre, 1820), brilló para nosotros la aurora de la libertad. El pueblo, *unido a las tropas de esta plaza*, ha proclamado la independencia de esta Provincia”... (nuestra revolución), “se ha realizado no con tumultos ni muertos, sino como una fiesta pública”...

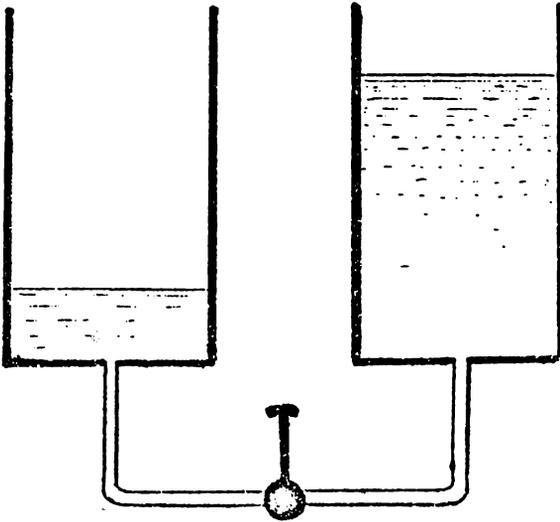
LOS VASOS COMUNICANTES DE 1820

PATRIOTAS

REALISTAS

5,000 h.

20,000 h.

**SITUACION MILITAR DEL PERU EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1820**

700 “aguerridos y gallardos” soldados realistas, que en Pisco y a órdenes del coronel de milicias Manuel Químper, peruano, tenían por misión oponerse al desembarco de la Expedición, ninguno hace un solo disparo al avistarse en tierra los “invasores”, y más bien, pocos días después, algo más de 200 se pasan también a los patriotas, haciéndose humo los 500 restantes luego de simples simulacros de resistencia;¹² en tanto que en Cerro de Pasco 750 realistas huyen de las bayonetas de los soldados chilenoargentinos del general Arenales, 250 de sus camaradas optan por seguir la *moda imperante*: cambiar de bandera; en Lambayeque y Trujillo, unos 380 hombres imitan a sus otros compañeros “cambistas”,¹³ en tanto que en Huaraz, el coronel Campino, chileno enviado por San Martín desde Huaura, recibe 550 entusiastas reclutas peruanos; los 1.900 hombres de la

12. “A Químper —señala con dolor un jefe español— no se le creía generalmente a propósito para el desempeño del cargo de que se confiaba, ni para dirigir como convenía los 500 infantes, 100 caballos y dos piezas de artillería, reunidos en un punto tan importante como Pisco, y así, pronto se perdió el fruto de cinco meses de continua instrucción, porque toda esa fuerza fue dispersada por 80 caballos enemigos”. (“Memorias del general García Camba”, tomo I, pág. 442).

13. Con este —como en Guayaquil— incruento cambio de bandera, se pasa a la patria todo el extenso territorio comprendido entre Tumbes y Huaura, ricas provincias que en los días de Bolívar serán las que van a dar la independencia al Perú.

guarnición del Callao, con su jefe el general La Mar, ecuatoriano, se pasan a la patria, perdiendo con ello España las fortalezas más poderosas del Pacífico; 30 oficiales y 500 soldados realistas, de la división Canterac, enviada por el virrey desde Jauja, precisamente en socorro de La Mar, pues también cambian de bandera; en Pisco se incorporan a las filas patriotas 650 esclavos, sobre los que San Martín escribe a O'Higgins que serán muy pronto excelentes soldados, capaces de competir con los más veteranos; etc., etc.

Como infantil castillo de arena barrido por la ola, el aparentemente poderoso ejército realista del Perú —bíblico coloso de hierro con pies de barro—, no puede resistir la sola presencia de las huestes libertadoras. El pueblo peruano —civiles y militares, hombres y mujeres— estaba virtualmente *revolucionado*, en espera de sus hermanos, que venían del sur, para conquistar su propia independencia. Razón asiste al documentado historiador español Mariano Torrente, contemporáneo de las guerras de la emancipación americana, al escribir: “Cuando un edificio comienza a desmoronarse, no bastan puntales para sostenerlo. Así sucedió en esta desgraciada época. Introducido el desaliento en el ejército real y en igual proporción la creencia en el pueblo de que iban a triunfar las armas de San Martín, era consiguiente en unos y otros olvidarse de sus deberes, y dirigir todos sus miras a prestar servicios a los que eran ya considerados como nuevos dueños, para conservar sus empleos, y aún para ganar mayores grados y distinciones”. (“Historia de la Revolución de la Independencia del Perú”, Lima. 1971, pág. 174.— Colección Documental, tomo XXVI, volumen 4°).

Si hacemos los trasiegos respectivos comprobará el lector que los vasos están muy próximos a alcanzar un mismo nivel, si no es que ya lo alcanzaron.¹⁴ Esto en cuanto a *cantidad*. Pero...

¿Cantidad o calidad?

Reflexionando en Santa Elena sobre sus primeras campañas, dictaba Napoleón: “En Italia fuimos siempre uno contra tres, pero los hombres tenían confianza en mí. La fuerza moral, más que el número, es siempre la que decide la

14. Aunque al mencionar el plan de invasión del Virreinato del Perú, desde Chile, el historiador peruano general Carlos Dellepiane dice ser San Martín el “primer estratega sudamericano”, posteriormente, al estudiar las operaciones del año 1821, en capítulo elocuentemente expresivo, “*Inacción de San Martín*”, se ve obligado a reconocer: “Las operaciones de guerra que conducía en el Perú el general San Martín entraron por el año de 1821 en un período de manifiesta inactividad”... “Las negociaciones diplomáticas y demás procedimientos que existen para retardar los acontecimientos, pueden emplearse para preparar un teatro de operaciones, como en 1820, o para engrosar las fuerzas a fin de equipararlas con las del enemigo. Pero, *en 1821 todas las ventajas se hallaban del lado de los patriotas y, sin embargo, San Martín continuaba postergando indebidamente la decisión final; con este proceder prolongó la guerra, sin necesidad, como lo demuestran los hechos que siguieron*”... “Si al tocar en Ancón, y aún antes, los jefes patriotas instaron a San Martín para que ordenara el ataque directo a Lima que juzgaban posible realizar en ese entonces, con cuánta mayor razón se hubiera podido intentarlo en 1821, cuando casi todo el Perú sentía anhelos de libertad”... (por esos días) “*el efectivo de los soldados libertadores excedía en más de un tercio al de los realistas*”. (“Historia Militar del Perú”, tomo I, Lima, 1931, págs. 88-89).

victoria". ("Sainte-Hélène Journal inédit", general Gourgaud, tomo II, París 1899, pág. 119). El 17 de agosto de 1820, es decir, tres días antes de zarpar de Valparaíso la Expedición, un inteligente oficial español, el teniente coronel Andrés García Camba, alarmado ante la anunciada "invasión chilena" —así denomina la documentación realista a la Expedición Libertadora—, dirige un informe confidencial al Virrey Pezuela.¹⁵ Recomendamos la lectura *in extenso* de este documento. (Véase Dellepiane, obra citada, pág. 474-477). Agrada la franqueza, la valentía, casi, de sus expresiones. Espiguemos unos cortos pasajes del sustancioso documento:

... "Suponiendo que nuestro ejército fuera cual dice Vuestra Excelencia en su bando del 11 del corriente, ¿habrá quien asegure a V. E. la victoria contra otro ejército de igual fuerza? Claro que no, y lo contrario sería una temeraria presunción"... "La caballería se halla en peor estado que la infantería; la multiplicidad de armas con particular manejo cada una (carabina, sable, lanza, pistola), y el uso de todas ellas sobre un bruto, que es el mayor enemigo cuando no se sabe montar, hace que la que mantenemos sea nula de hecho"...

Sobre el enemigo se expresa en esta forma: "Debemos concluir que la calidad de sus tropas excede a la mayor parte de las nuestras"... "Nuestra situación es incontestablemente mala". Previendo acertadamente que el pueblo peruano no cooperaría en el rechazo de la invasión, sino todo lo contrario, sentencia; "*No debe mirarse aquí la pérdida de una batalla como en España: perdida por nosotros, en el día se decide probablemente la suerte del Perú para siempre*".¹⁶

15. "Los papeles públicos de Chile no carecen otra cosa que la expedición, y la proclama de San Martín de 13 de febrero (1820) a los chilenos, los inquieta a correr en auxilio del Perú". Así se expresa el virrey Pezuela, en su *Diario* (19 de marzo de 1820). ("Memoria de Gobierno", Joaquín de la Pezuela, Sevilla, 1947, pág. 682).

16. Así sucederá con Bolívar, efectivamente. Vencida la caballería realista en Junín, la infantería y artillería de Canterac, meras espectadoras lejanas de la acción, se ponen en precipitada fuga, no deteniéndose hasta alcanzar los infranqueables márgenes del río Apurímac. Es decir, que ceden, absolutamente sin lucha, el extenso territorio que hoy abarcan los departamentos de Junín, Huancavelica, Ayacucho y Apurímac. Como dirá el Libertador, todas estas veinte provincias se conquistaron sin gastar una sola onza de pólvora. Lograda luego la victoria de Ayacucho, también sin consumo adicional de un grano de pólvora, cambian automáticamente de dueño los actuales departamentos de Ayacucho, Apurímac, Cuzco, Punto, Arequipa, Moquegua, Tacna y Tarapacá, además de la totalidad de la hoy república de Bolivia. Es decir, *más de dos millones de kilómetros cuadrados*. ¿Y los varios millares de "aguerridos y gallardos" soldados realistas que guarnecían estas vastísimas regiones? Pues con más entusiasmo que tristeza depusieron tranquilamente las armas, cambiando de bandera la mayoría de ellos. Es esta la razón por la cual decíamos, unas páginas más arriba, que las palabras de Julio César al Senado romano (*Veni, vidi, vici*) —al anunciar su fácil victoria sobre Farnaces— pudieron perfectamente ser repetidas por San Martín al dirigirse a O'Higgins para dar cuenta del cumplimiento de la misión que al general argentino le señaló el Senado chileno, en auxilio de los peruanos, de haber querido obrar el jefe de la Expedición Libertadora con la rapidez y audacia a que obligaba la profunda desmoralización y comprobada debilidad material de las fuerzas realistas. En 1820-1821, debe reconocerse, el en apariencia poderoso Virreinato del Perú era, verdaderamente, un "Tigre de papel", incapaz de resistir a una fuerza enemiga que, aunque pequeña, actuara con actividad y audacia. Posteriormente, depurado de sus elementos poco leales —caídas las hojas secas—, el ejército realista mejorará notablemente de calidad en 1822-1823. De ahí sus repetidas victorias de estos años.

En el acápite anterior hemos visto cómo se cumplen los tristes vaticinios de este oficial español. Las fugas —que no combates— de Pisco, Iza, Nazca, Acarí, Atumpampa, puente de Máycoc, Jauja, Tarma, igual que la escasa resistencia opuesta en Cerro de Pasco, demuestran que ni contando con apreciable superioridad numérica les es posible a los realistas vencer a los soldados patriotas. “No es el número de soldados lo que proporciona solidez a un ejército, sino su lealtad y estado de ánimo”, nos recuerda Napoleón. (“*Lettres inédites de Napoleón 1er.*”, de León Lecestre, París, 1897, número 155).

Dispersión

Hay otros aspectos que debemos tener en cuenta: la peligrosísima dispersión de los débiles núcleos de defensores realistas. Mil quinientos soldados en Guayaquil, 300 en Trujillo, 500 entre Huaura y Supe, 6.500 en Lima y Callao, 700 en Pisco, 450 en Huancavelica, 1.500 en Arequipa, 300 en Arica... se hallaban, pues, todas estas guarniciones, condenadas por despiadado *Mane, Thecel, Phares*, al aniquilamiento sucesivo, y sin esperanza de ser socorridas a tiempo por las más inmediatas. No se olvide algo terrible para los realistas: sus guarniciones estaban separadas, unas de otras, no únicamente por muchas decenas de leguas de desierto y abruptas cordilleras. También se hallaban aisladas, incomunicadas, casi, por una población marcadamente hostil, pronta, a prestar todo género de auxilio a sus libertadores y a combatir por todos los medios al enemigo.¹⁷ Citemos unos cuantos casos de ayuda peruana. a) El teniente Vicente Suárez, paraguayo —oficial de la división patriota del general Arenales—, que puso en fuga a gruesa columna realista en Acarí, al sur de Nazca, refiere: “Sólo pudo sacarme de este embarazo (espesísima niebla) la destreza de los excelentes guías que dirigieron mi marcha, y a cuyo comportamiento me hallo obligado”. No olvida a las hijas de Nazca este oficial: “Tuvimos la complacencia de ser recibidos en Nazca con repiques de campanas, tañidas por mujeres que no quisieron retardar ni ceder nuestro sexo”. (“*Archivo de don Bernardo O’Higgins*”, tomo XIV, Santiago de Chile, 1963, pág. 223, 224). b) Pocos días después del desembarco de la Expedición en Paracas, tienen lugar estos sucesos: “(19 de setiembre, 1820). En la hacienda Caucato se agregaron al Ejército 500 negros reclutas, escogidos entre más de 1.000. Se remitieron a la ciudad (Pisco), para disciplinarse”... “El día 30 (Set.), se presentaron 7 oficiales del regimiento de caballería de Chíncha, ofreciendo 700 hombres para el servicio de la patria; fueron admitidos y se les armó”. (“*Diario militar de operaciones*”, en *Obra citada*, pág. 156). c) Desde Nazca, el teniente coronel Manuel Rojas escribe al general Arenales: “La tropa se ha enriquecido como nunca pues posee un botín de mucho valor”... “Llevo más de 800 animales entre

17. En comunicación al Ministro de Guerra de España, escribe desde Puno el general peninsular Ramírez (1º de enero de 1821), refiriéndose a la “*propensión de la mayor parte de la población al sistema revolucionario*”: “No es, Señor Excelentísimo, San Martín y sus satélites los únicos enemigos que tenemos. *Son mayores y de más consideración los que por desgracia de esta guerra abundan ya en todas las capitales, pueblos y aun en las aldeas más pequeñas*”... “Por lo expuesto formará V. E. un concepto bastante exacto de la crítica, lastimosa y peligrosa situación del Perú”.

caballos y mulas, bastantes reses, negros, cuyas amos han fugado"... "Con la política que me aconsejó, *ninguna familia ha fugado de aquí, y a todos he encontrado en la mejor disposición hacia nosotros*. Les dejo 25 fusiles con sus municiones correspondientes, igual número de sables, lanzas y establecidas las milicias para la seguridad y conservación del orden". (Obra citada, pág. 222).

El tridente de Neptuno

En razón de la profunda simpatía que el general San Martín despierta en la mayoría de nuestros compatriotas, los escritores peruanos, al reseñar las operaciones de la Expedición Libertadora se limitan a ponderar los éxitos logrados por el ejército, dejando en humilde penumbra las muchas victorias ganadas por las naves que obedecen a Cochrane. A más de injusto, resulta demostración de ignorancia de las lecciones de la Historia el olvido, puesto que en un antiguo escrito atribuido nada menos que a Jenofonte (siglo IV antes de Cristo), ya se ponía de relieve la incontrastable influencia del poder naval en la guerra: "*Los amos del mar se hallan en situación de devastar el territorio de una potencia mucho más fuerte*. Pueden, aún sin ningún peligro, ir costeándolo hasta un lugar donde no se encuentren apostadas fuerzas terrestres enemigas, o donde éstas sean débiles, y pueden perfectamente volver a embarcarse y alejarse ante la proximidad de fuerzas superiores". ("La influencia del poder marítimo en la Historia", ensayo incluido en "El pensamiento histórico griego", de Arnold J. Toynbee. Buenos Aires, Editorial Sur, 1967, pág. 205).

Contando con la abrumadora superioridad que le proporcionaba la escuadra chilena, dueña del Pacífico, disponía pues el general San Martín de poderosos medios materiales y morales capaces de triunfar fácilmente, y en corto plazo, sobre el débil, disperso y desmoralizado ejército realista.¹⁸ Sorprende, por ello, que a lo

18. Muchas páginas podrían llenarse con documentos referentes al enfermizo temor que a las autoridades españolas inspiraba la presencia de las invencibles quillas que mandaba Cochrane. Para mejor aquilatar los singulares méritos del marino inglés, recurrimos intencionalmente no a un escrito favorable a él, sino a otro dedicado a levantar algunos cargos suyos, contrarios a determinados personajes del gobierno chileno. El coronel José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina de O'Higgins, en su "Refutación a las *Memorias de Lord Cochrane*" (Santiago de Chile, 1861), se expresa en esta forma no obstante el carácter de su escrito: "Desde los primeros cañonazos que los buques de Cochrane dispararon en las aguas de Chile y del Perú, los bajeles españoles, como bandadas de pájaros extraviados, volaron a buscar refugio bajo los fuertes del Callao. *Quedó así abierto a San Martín el camino del Perú*".

Convencido el virrey Pezuela, a mediados de agosto de 1820, que la expedición chilena al Perú era un hecho, dispone que los barcos realistas, "a favor del mucho andar de nuestros buques, muy superior al de los enemigos", se situasen a retaguardia de la escuadra patriota, en su marcha al Perú, para hacerle todo el daño posible. Dada la orden —dice Pezuela—, "no encontré para esta maniobra toda aquella disposición que yo esperaba y me malicié que sería eludida mi intención a pretexto de no estar corrientes dichos buques de guerra, sin embargo de haberles facilitado cuantos auxilios me pidieron"... "por lo que *me propuse desarmarlos todos si no salían a la mar* en una ocasión en que podían con sus maniobras hacer un servicio importante, que en su parte resarciese más de dos millones de pesos que en los cuatro años de mi mando ha costado la Marina del

largo de dos años de permanencia en nuestro país, no se decidiera, siquiera una vez, por una ofensiva que tuviese por objetivo la destrucción de las fuerzas militares de su adversario. Estudiando en Santa Elena las guerras de Julio César, hizo Napoleón este comentario: "El tridente de Neptuno es el cetro del mundo". ¡Cómo se advierte en esta observación del Emperador el doloroso recuerdo de su derrota final ante el poderío naval británico.¹⁹

Oportunidades perdidas

Por no extendernos demasiado nos vemos imposibilitados de referir las muchas y óptimas ocasiones que se le ofrecen al general San Martín de destruir al ejército realista. Nos concretaremos a señalar tres casos.

1. Luego de permanecer alrededor de cincuenta días en Pisco, se embarca el general y después de hacer con la escuadra ostentosa demostración de poderío en la bahía del Callao, continúa a Ancón. "*No es posible pintar la confusión y atolondramiento de los españoles la primera noche que supieron que los patriotas principiaron a desembarcar por Ancón.* La tropa que salió de Lima más parecía ir en derrota que en busca del enemigo; los cañones iban por un lado, las cureñas y municiones por otro; las compañías perdidas, sin conocer el camino que debían tomar; todos mandaban y nadie obedecía, porque faltaba un centro de unidad que dirigiera con firmeza las operaciones y a quien respetaran todos". Son palabras de nuestro historiador Mariano Felipe Paz Soldán, quien, como nacido en 1821, tuvo oportunidad de escuchar de boca de numerosos partícipes éstos y otros pormenores. Testigos y partícipes tanto patriotas como realistas, subrayamos. Pues bien, este escritor concluye así el episodio de Ancón: "Si San Martín hubiera conocido en tiempo (oportuno) semejante confusión, pudo haber entrado a Lima

Callao" ("*Memorias*" de Pezuela, págs. 749 y 750). Esta nota del Diario de Pezuela fue registrada el 20 de agosto de 1820, por coincidencia el mismo día que la Expedición levaba anclas en el puerto de Valparaíso, enderezando sus proas rumbo al litoral peruano. Si, como se dice, la historia se repite, este temor que la escuadra chilena inspiraba a la marina española del Callao, tiene mucha analogía con el apocado ánimo de la flota italiana frente a la escuadra inglesa, en aguas del Mediterráneo, durante la Segunda Guerra Mundial. Disgustado Mussolini con sus almirantes, tiene para ellos duras frases que recuerdan las del virrey Pezuela.

19. Tan trascendentales fueron los servicios de Cochrane al Perú, que exactamente a los seis días de abandonar San Martín nuestra patria, el Congreso, recién instalado, se apresura a expedir el siguiente decreto: "El Soberano Congreso Constituyente del Perú. Fijos los ojos sobre lo que la libertad peruana debe al Honorable Lord Cochrane, mediante cuyo genio, valor y fortaleza está libre el Pacífico de enemigas sorpresas, y plantado en las costas del Sur el estandarte de la Libertad; Resuelve: Que la Junta Gubernativa rinda a nombre de la Nación a Lord Cochrane, Almirante de la escuadra de Chile, los sentimientos más sinceros de gratitud por sus empresas a favor de este pueblo, tiranizado antes por fuerzas poderosas, y hoy árbitro de su poder. Dado en la Sala del Congreso, en Lima, a 27 de setiembre de 1822". (*Gaceta del Gobierno*, del sábado 28 de setiembre de 1822).

Decretos análogos se dirigen a Bernardo O'Higgins y al gobierno de Chile, por sus esfuerzos y sacrificios en pro de la libertad de sus hermanos, los Hijos del Sol. (*Gaceta*, de igual fecha).

con mil hombres, y quizás entonces queda terminada la campaña. *Estas escenas de espanto se repetían a cada amago que se hacía sobre la capital*". ("Historia del Perú Independiente", por M. F. Paz Soldán, Lima, 1868, pág. 78).

2. Es sabido que entre la última semana de junio y la primera de julio de 1821, el virrey La Serna abandona la capital del virreinato. Las tropas realistas se retiran en deplorables condiciones sanitarias y con la moral verdaderamente por los suelos, en tanto que literalmente pisándoles los talones, hacen su ingreso a Lima los patriotas. Refiriéndose a esa penosa evacuación, escribe en sus "Memorias" el hijo del general Arenales: "*El ejército realista habría tocado al fin su completo exterminio, si hubiera perseverado el ejército libertador con actitud y constancia en perseguir a los españoles sin permitirles cobrar aliento en parte alguna de la Sierra*". Y el general Miller, muy amigo de San Martín, no puede menos de estampar en sus "Memorias". "*Si el ejército libertador, en vez de tomar cantones (establecerse) en la disipada ciudad de Lima, como lo hizo, hubiera secundado los esfuerzos de aquellas bandas de patriotas armados (los famosos montoneros peruanos) apenas puede dudarse que se habría terminado la guerra en pocas semanas*".²⁰

3. En tanto San Martín ingresa ufano a Lima en la firme convicción de que ello le reportaba la conclusión de la guerra, ¿qué sucede en la Sierra con el general Arenales? Encontrándose este hábil jefe en la región de Huancayo —cumpliendo su segunda campaña a la Sierra, iniciada en Huaura—, en ansiosa espera de los desmoralizados y raleados batallones que materialmente empujados por el virrey marchan de Lima al interior, para destruirlos fácilmente en los ventajosos desfiladeros andinos, recibe repetidas y perentorias órdenes de San Martín de abandonar la Sierra y constituirse en la capital. En la primera de sus cartas, lleno de júbilo, el general en jefe relata a su subordinado el ingreso de los independentes a Lima. Arenales le contesta: "Mi amadísimo general: A las cinco de la mañana, con el pie en el estribo (para marchar) en alcance del enemigo, recibo la de usted del día 6"... "*Hablo con franqueza. ¿Qué ganará nuestro ejército (el grueso del ejército, al mando directo de San Martín), con entrar a Lima a apestar (enfermarse de peste) y acabar de destruirse? ... ¿Qué sucederá con esta división (los batallones del propio Arenales), con mil y quinientos reclutas, si tienen que*

20. "*Memorias del general Miller*", Madrid, 1910, tomo I, pág. 321. Este *laiser faire* sanmartiniano, el no realizar una persecución implacable del enemigo derrotado, es una característica constante en el general argentino. Siempre incidió en el mismo raro proceder. Raro *no proceder*. Refiriéndose a su campaña chilena dice un moderno historiador compatriota suyo: "San Martín había cometido el error de no perseguir con rigor y empuje vigoroso al enemigo que se retiró tras la derrota de Chacabuco. Este error debía costarle muchos sacrificios al Ejército Libertador y al pueblo de Chile". (C. Galván Moreno: "*O'Higgins, el gran amigo de San Martín*", Buenos Aires, Editorial Claridad, 1942, pág. 147).

La reincidencia en este error, en julio de 1821, al establecerse en Lima, en vez de perseguir a la Sierra tras la huella de los realistas, iba a significarle, nada menos, que no sería ya él, San Martín, sino Bolívar, el Libertador del Perú, luego de largos años de zozobras y derrotas e inútiles sacrificios impuestos al pueblo peruano, amén de la virtual destrucción de los magníficos batallones chilenos y argentinos venidos con la Expedición en setiembre de 1820.

hacer una deshonrosa retirada donde le esperan los hospitales y el sepulcro? ¡Doloroso es tener que hablar en estos términos!"... "La división va a perderse en su retirada a la Costa"... "me impulsa (a hablarle en esta forma) el dolor y el sentimiento de que nuestra empresa en el Perú va a postergarse incalculablemente"... "ya me parece que veo a ese nuestro ejército que embelesado en Lima, no se acuerda, al menor por lo pronto, de otras cosas que nos traerán amarguras"... "Sea lo que Dios quiera".

Por todo comentario a esta carta, dice con parquedad el historiador argentino general Bartolomé Mitre: "Arenales veía más claro que San Martín". Y más adelante, agrega: "Arenales hablaba como un profeta" (Obra citada, tomo III, págs. 20-22 y 26).

La Sierra

Como lo han demostrado las muchas guerras nacionales, la Sierra, y no la Costa, es el verdadero corazón del Perú. Con suma facilidad Lima y la Costa han caído en poder de diversos invasores. Convencido Pizarro de que la sola posesión del árido litoral lo mantendría en situación precaria y peligrosa frente a las masas de soldados indígenas dueños del interior, como *paso previo a la fundación de Lima*, procede a ocupar Quito y el Cuzco, vale decir, se aferra sólidamente con ambos brazos en la Sierra. En 1821, San Martín ingresa a la capital del virreinato sin que su ejército tuviera que disparar un solo tiro de fusil, es muy cierto, pero la guerra prosigue hasta fines de 1824 —batalla de Ayacucho—, porque la Sierra continuaba tranquilamente en manos españolas. Caso análogo se da en 1838. La capital es ocupada por los "restauradores", pero la lucha persiste en la Sierra hasta que se libra la sangrienta batalla de Yungay. Una vez más se repite el mismo hecho en enero de 1881. Pero Cáceres mantiene en alto la bandera nacional a lo largo de dos años y medio de lucha, lucha sostenida exclusivamente en la Sierra. En los Andes.

En general San Martín no cruzó nunca los Andes peruanos. Sin embargo, cuando menos una vez parece que pensó marchar a la Sierra, y ello fue al impartir sus instrucciones al general Arenales, en Pisco, en octubre de 1820, poco antes de iniciar este jefe su primera campaña, precisándole que desde algún punto del porte (Huacho) el general en jefe se internaría en la cordillera para darle el encuentro a su enérgico e inteligente subordinado. Y son varias las veces que no atiende las reiteradas solicitudes del mismo Arenales, que le aconseja llevar al grueso del ejército, que se diezma con las epidemias de Huaura, a reponerse en el magnífico clima de la Sierra y aumentar sus efectivos por los numerosos y entusiastas voluntarios del valle de Mantaro, anhelosos de ingresar a las filas independientes. De esta manera, *un poderoso ejército* —poderoso por el número, pero más poderoso aún por su moral—, perfectamente instruido y disciplinado, *metido en el corazón de la Sierra, mandado por el propio general en jefe*, y lanzado arduosamente sobre las débiles y aisladas divisiones realistas, ninguna duda puede haber de que *hubiera logrado en muy corto tiempo la independencia peruana*. Pero en vez de seguir el proyecto al que lo insta Arenales, San Martín y su ejército perma-

necen largos meses en comarcas malsanas —Huaura, primero, Lima después—, con un tercio de sus soldados perdidos en los hospitales y cementerios. Muy otro es el proceder de Napoleón: “La enfermedad es el enemigo más peligroso de un ejército. Es mejor librar una sangrienta batalla que situar las tropas en una localidad insalubre” (“Correspondance”, XXII, N° 18.041).

Al ocupar la capital el ejército libertador y rehuir la búsqueda del enemigo en la Sierra, el general se metía en un callejón sin salida. Bartolomé Mitre, ilustre historiador, general y expresidente de la República Argentina, puntualiza en su magistral biografía de San Martín: “Lo más grave de esta situación era que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos, concentrados en Lima, sin más objetivo que el Callao, *por efecto del abandono de la campaña de la Sierra* —la del general Arenales— y la expedición de puertos intermedios —la de Miller—, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arenales, la inacción, las enfermedades y la desmoralización lo consumían. *Lima se había convertido en la Capua de los libertadores*”... “Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la Sierra con un tesón que hace grande honor a los jefes que los dirigían”. (“Historia de San Martín”, tomo III, pág. 96).

Monarquía

Según un patriota peruano de destacada actuación en la independencia, Francisco Javier Mariátegui: “La monarquía fue el pensamiento central de San Martín, trabajó para ella, y ese pensamiento y esos trabajos, lo perdieron”. (“*Anotaciones*”, segunda edición, Lima, 1925, pág. 81). Efectivamente, olvidando por completo que había venido al Perú a destruir el poder militar español, el otrora glorioso vencedor de Chacabuco agotó sus energías en obstinados esfuerzos por lograr el establecimiento de esa forma de gobierno, para lo que debía vencer la tenaz resistencia de muchos peruanos contrarios a la impopular idea de la erección de un trono en nuestra patria.

El historiador Paz Soldán, por lo común muy favorable en sus juicios al Protector, señala no obstante al respecto: “Ideas muy aristocráticas o monárquicas abrigaban San Martín y sus Ministros para que olvidaran las reglas del ceremonial de una Corte. Por ello, en medio de la multitud de atenciones que les rodeaban, cuidaron mucho y ocuparon gran tiempo en arreglar el uniforme que debía llevar el jefe del Estado, los Ministros, Ayudantes, y hasta los conductores de pliegos (15, 20 y 23 de agosto de 1821), los Consejeros de Estado, los jefes de Correos (5 de noviembre de 1821). Se determinó las personas que podían usar bastón con borlas; los tratamientos y ceremonial en las funciones públicas, días de asistencia a la Catedral; y se nombró un Maestro de Ceremonias”. Da remate a este párrafo subrayando el historiador: “Quien leyera tales decretos y reglamentos juzgaría que el Perú tenía consolidada su independencia y que habían desaparecido los enemigos de su libertad, y sin embargo existían en mayor número y poder”. (Obra citada, pág. 332).

Es poco conocido el plan de monarquización de nuestra patria que pusieron en marcha el Protector y su Ministro Monteagudo. Fueron encargados de viajar a Europa con tal objeto, los señores García del Río y Paroissien, extranjeros los dos: colombiano el uno, francés el otro. Estos plenipotenciarios recibieron del Consejo de Estado una doble misión: una pública (negociación de un empréstito en Londres y reconocimiento de la independencia peruana); otra secreta (solicitud del rey).

De las instrucciones escritas entregadas a los enviados extractamos sus puntos substanciales. Hélos aquí:

"1ª... "están de consiguiente autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Sussex Coburgo, y en su defecto uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, pase a coronarse Emperador del Perú"... "con la condición"... "que abrace la religión católica"... "permitiéndosele venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de trescientos hombres"...

"2ª En caso que los comisionados encuentren obstáculos insuperables por parte del Gabinete británico, se dirigirán al Emperador de la Rusia, como el único poder que puede rivalizar con la Inglaterra". "Para entonces están autorizados los Enviados para aceptar un príncipe de aquella dinastía, o algún otro a quien el Emperador de la Rusia asegure su protección".

"3ª... "y, en último recurso, podrán admitir, de la casa de España, al duque de Luca"... "y no podrá, de ningún modo, venir acompañado de la menor fuerza armada".

"4ª Quedan facultados los Enviados para conceder ciertas ventajas al Gobierno que más nos proteja"...

"Y para su constancia la firmaron en la Sala de sesiones del Consejo, a 24 de diciembre de 1821". (Germán Leguía y Martínez, "Historia de la Emancipación del Perú: el Protectorado", Lima, 1972, tomo V, págs. 79-80).

¿Y cuáles fueron los resultados de estos proyectos monarquizantes de nuestra patria? Totalmente negativos en los dos campos directamente interesados, la opinión pública peruana y las casas a las que se solicitó el presunto rey. Al respecto, nadie puede informarnos con más autoridad que un contemporáneo peruano de reconocida integridad de carácter, el ya mencionado Mariátegui. "De todos los pasos que San Martín dio, desde que desembarcó en Pisco, el más falso, el que más lo desacreditó entre los patriotas, y el que más lo despopularizó, fue el nombramiento de dos enviados a Europa, para que en las Cortes, que tanto odiaban la independencia, y que la habrían sofocado si hubiesen podido, mendigasen un monarca que no necesitáramoslo"... "Escrupulosos los gabinetes europeos, tuvieron que investigar quiénes ofrecían el trono; de dónde habían sacado, los que hacían semejante obsequio, el poder de disponer de lo que no les correspondía (el destino de la Nación Peruana); y encontraron que ese poder no tenía otra base que una usurpación (San Martín se autoproclamó Protector). El resultado fue un desaire, y que nadie se atreviese a ponerse una corona que no conferían los pueblos por los medios legítimos que tienen de disponer de su suerte. El ofrecimiento fue rechazado y despreciado" (obra citada, págs. 120-121).

¿Protector o Libertador?

El hijo del general Arenales, varias veces citado por nosotros, nos da en breves y apretadas líneas las consecuencias que se siguieron en el Perú al no buscar el general San Martín —con indesmayable ahinco, como se lo pedía su padre— la independencia peruana en una batalla librada resueltamente en la Sierra, “gradero de hombres” y de recursos de todo género para los empecinados jefes realistas: “Si los sucesos pueden servir para decidir cuestiones de esta naturaleza, es oportuno recordar, que desgraciadamente, no tardaron en venir a comprobarse los justos presentimientos del general Arenales (véase página 93). Ello es que los españoles se rehicieron en la Sierra, sin que nadie los molestara; volvieron a los arrabales de Lima (setiembre de 1821) *antes de dos meses de su salida*; pudieron retirarse sin ser batidos,²¹ y poco después atropellaron y deshicieron la nueva división situada en Ica (abril de 1822), a las órdenes del bisoño general Tristán. Sucesos de mayor bulto continuaron el desenlace de estos antecedentes: la guerra del Perú no terminó hasta principios de 1825, después de tremendas alternativas”. (“Segunda campaña a la Sierra del Perú en el año 1821”, por José I. Arenales, Buenos Aires, 1920, págs. 150-151).

Ya que no las destruyó antes, en las inmediaciones de Lima, ¿por qué no se lanza San Martín, luego, sobre las fuerzas realistas dueñas de la Sierra? ¿Es que no contaba con los medios necesarios? ¿Cuáles son los efectivos de ambos adversarios poco antes de abandonar San Martín el Perú? Frente a 9.530 realistas dispersos a lo largo de más de dos mil quinientos kilómetros —de Jauja a Potosí, al sur del Alto Perú—, San Martín dispone, según sus propias palabras, de “11.000 veteranos en el mejor estado”, concentrados y en sus manos. Como se observa, los “vasos comunicantes” de los que hablamos (págs. 85-86) han cambiado de signo, podemos decir. La superioridad numérica la tienen ahora los patriotas. Y aunque así no fuera, debe recordarse que en Ayacucho, con sólo 5.780 *hombres y un cañón*, Sucre derrota y obliga a capitular a 9.310 *soldados y once cañones*. No es pues carencia de medios lo que impide a San Martín lograr la independencia de nuestra patria.

Hasta el último momento de su permanencia en el Perú, es la verdad, el general argentino persiste, una y otra vez, en su búsqueda de una *victor sine san-*

21. Abundan testimonios que constituyen elocuente evidencia del ningún espíritu combativo del soldado realista de esta época (1821), y, por consiguiente, de lo fácil que resultaba una victoria decisiva de los independientes, por poco que así lo hubiese deseado el general San Martín. Citaremos un fragmento de la carta que dirige al general Arenales un entusiasta patriota peruano, el teniente cura de Matucana, José Herrera: “Ayer a las tres de la tarde pasó por acá Canterac y Carratalá con las tropas siguientes: Cuatro regimientos de infantería, que se componen de 700 hombres; la caballería, 1.000 hombres. *Es indeseable los muertos, enfermos y con mayor número desertores que han tenido*. Sé que desde los altos Chongos (cerca de Huancayo) acá, se le han desertado más de 500, y más adelante serán más, según la disposición y la gente tan disgustada que camina. He hablado con varios desertores y me dicen que *todos desean tener una acción para pasarse a la patria*”. (“*Archivo de San Martín*”, tomo VII, Buenos Aires, 1950, págs. 260-61). (Véase el último párrafo de la nota 9). Por lo demás, esta carta demuestra la eficacia del servicio de espionaje peruano en favor de la independencia.

guine. Ya hemos hecho hincapié en esta característica suya de llevar la guerra. Es así que el 14 de julio de 1822, horas antes de partir para Guayaquil a entrevistarse con Bolívar, escribe al virrey La Serna (establecido entonces en el Cuzco), insistiendo una vez más en *negociar con los españoles antes que resolverse a derrotarlos*: “No quiero detallar la masa disponible de poder y de recursos que puedo emplear para conquistar la paz del Perú”... “Yo pido la paz en las circunstancias más favorables para hacer la guerra”. Tan grande es la confianza que San Martín tiene en la superioridad de sus fuerzas en relación a su adversario, que sin ningún temor llega al extremo de comunicar al Virrey, en esta misma carta:... “*anuncio a Vuestra Excelencia que parto a Guayaquil*”... (Paz Soldán, obra citada, págs. 340-41). En comunicación del 8 de agosto datada en el Cuzco, rechaza el Virrey los arreglos de paz que se le proponen. De vuelta San Martín de Guayaquil, contesta la carta de La Serna el 10 de setiembre, es decir, diez días antes de abandonar definitivamente nuestra patria el general argentino. En esta su última comunicación, insiste una vez más San Martín en ponderar la superioridad de medios de todo género con que cuenta:

“Mi situación ventajosa con respecto al Ejército Real es tan manifiesta, como débil la de Vuestra Excelencia. Sobre un número mayor de tropa perfectamente disciplinada y entusiasmada por su libertad, yo cuento con todos los habitantes libres del Perú, con el torrente incontenible de las fuerzas de los Estados de América, con todos los hijos del país empleados contra su voluntad en el servicio de la España” (aquí se refiere San Martín a los peruanos enrolados por la violencia en los batallones realistas)... Continúa el general argentino: “A Vuestra Excelencia no es dable contrarrestar con un puñado de hombres adscritos a ideas singulares, el poder inmenso que le amenaza”. (Paz Soldán, obra citada, pág. 344).²²

Conocedor personal de la indomable tenacidad ibérica en las luchas, contra Napoleón —“la terquedad de los españoles es bien conocida”, escribe a O’Higgins (pág. 83)—, ¿cómo podía esperar San Martín que los heroicos generales españoles abandonaran voluntariamente el rico y extenso territorio que Pizarro conquistara para su Rey tres siglos antes? ¿Mediante conversaciones y negociaciones

22. Rogamos una cuidadosa lectura de tres documentos salidos de la pluma del general San Martín: 1) La carta a O’Higgins (26 de junio de 1822):... “como las posiciones de la Sierra que ocupa el enemigo las puede disputar palmo a palmo”... (véase página 83); 2) Carta a nuestro compatriota Toribio Luzuriaga (setiembre de 1822): “*Dejo en sólo la capital 11.000 veteranos en el mejor estado*” (pág. 97); 3) Carta al virrey La Serna (14 de julio de 1822):... “la masa disponible de poder y de recursos que puedo emplear”... “*Yo pido la paz en las circunstancias más favorables para hacer la guerra*”... (pág. 97).

Implícita la idea de superioridad de medios de los patriotas en la primera misiva; sin poder ser más explícita la misma idea en las otras dos; los tres documentos afirman de modo irrecusable que San Martín dispone de fuerzas militares —terrestres y navales— y recursos económicos más que suficientes para vencer decisivamente a su adversario. Por lo demás, y esto es particularmente importante, el examen sereno, *in extenso*, de estas tres cartas, (escritas en 1822), echa definitivamente por tierra declaraciones interesadas muy posteriores (1827), destinadas, *ya*, exclusivamente a cohonestar errores o debilidades pasadas. En efecto, cinco años después de los hechos, ya no hablará de superioridad suya frente a los españoles, sino de impotencia: “En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el reclamar al general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para

con el enemigo, podría inducirlo a desistir de la lucha y entregar las armas? Muy oportuno resulta traer a la memoria del lector las palabras que Hitler pronunciara, el 31 de julio de 1944, en situación análoga a la vivida por el general argentino en el momento que analizamos: “No se trata, ya —dice el Führer—, de

terminar la guerra del Perú” (carta de San Martín al general Guillermo Miller, Bruselas, 19 de abril de 1827).

Esta última carta fue escrita en respuesta a un largo cuestionario de preguntas que el jefe inglés le remitiera, solicitándole le aclarase diversos acontecimientos históricos de que el general argentino fuera partícipe.

Existe testimonio documental de autenticidad inobjetable que demuestra los siguientes hechos: a) Que en su entrevista de Guayaquil, San Martín no solicitó auxilio militar alguno a Bolívar; b) Que el Libertador, aun sin tal solicitud del Protector, ofreció espontáneamente al Perú fuerte contingente de tropas colombianas, para *más asegurar* el éxito de la expedición a puertos intermedios, que San Martín sí comunicó a Bolívar (en Guayaquil) estaba ya a punto de zarpar del Callao, rumbo al sur; c) Que el Gobierno peruano desestimó el auxilio militar ofrecido por Bolívar. En síntesis, que en julio-octubre de 1822 disponía el Perú —y por consiguiente, el Protector— de las tropas, juzgadas suficientes, por el propio Gobierno de Lima, para vencer a los realistas en esos momentos dueños de la Sierra.

He aquí los documentos pertinentes.

Ofrecimiento de Bolívar:

“Cuartel General de Cuenca (hoy Ecuador), a 9 de setiembre de 1822. A los Señores Ministros de Estado y de Relaciones Exteriores del Perú y de Chile. S. E. (Su Excelencia) el Libertador me manda dirigir a V. S. (Vuestra Señoría) la presente comunicación, que por su importancia es remitida por un extraordinario”... “*Aunque S. E. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil con el Libertador no ha manifestado temor de peligro por la suerte del Perú*, el Libertador, no obstante, se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación, aventurando muchas conjeturas, que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S. E.”... “El Libertador ha pensado que es de su deber comunicar esta inquietud a los gobiernos del Perú y de Chile, y aun al del Río de la Plata, y ofrecer desde luego todos los servicios de Colombia en favor del Perú. *S.E. se propone*, en primer lugar, mandar *al Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido ya*, luego que reciba la contestación de esta nota, *siempre que el gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo*”... J. G. Pérez (Secretario General)”.

Respuesta del Gobierno peruano:

“Señor Secretario General de S. E. el Libertador: La Suprema Junta Gubernativa del Perú, en virtud de la resolución del Soberano Congreso, me manda conteste a V.S. con respecto de su nota de 9 de setiembre anterior, sobre planes de guerra, manifestándole *el reconocimiento del Perú a las generosas ofertas de S.E. el Libertador de Colombia, de que se hará uso oportunamente*, y que entretanto podría S.E. auxiliar a este Estado con el mayor número posible de fusiles”... “Tengo la honra de ofrecer a V.S. los sentimientos de mi consideración y aprecio. — Lima, octubre 25 de 1822. — Francisco Valdivieso”. (Los paréntesis y subrayados son del conferenciante).

San Martín contaba con fuerzas suficientes para triunfar fácilmente de los españoles, puede probarse con múltiples testimonios, además de los pocos que hemos mencionado. Vamos a agregar uno más. Uno emanado precisamente de algo suyo, Gabriel Lafond, a quien conociera en el Perú. Deseoso este marino francés de publicar una relación de sus viajes y sucesos de que ha sido testigo —entre ellos, pormenores de la independencia peruana—, solicita al general argentino diversas informaciones que necesita, y con este

entablar conversaciones de ninguna especie con los enemigos del Reich. Esta guerra no se resolverá por negociaciones. Es una lucha a muerte en la que uno de los adversarios debe necesariamente sucumbir, sin remisión”.²³

Perfecta razón asiste al hijo del general Arenales al dar remate a sus anteriores líneas con frase definitiva: “El mismo general en jefe, San Martín, envainó el sable, rehusó sostenerse en el teatro de la guerra y *volvió la espalda a una eminencia donde estaba la palma que supo conquistar Bolívar*”. (Arenales, obra citada, pág. 151).

Es, pues, el general San Martín, por propia y deliberada elección, que se fija a sí mismo el título —el hombre es hijo de sus obras— con el que desea aparecer en las páginas de la Historia: no Libertador del Perú, sino tan sólo Protector.

III. BOLIVAR EN EL PERU

“No hace un año que salí de Lima a tomar quince provincias que estaban en manos de los disidentes (Riva Agüero), y a libertar más de veinte que estaban en poder de los opresores (españoles). *He logrado todo sin un tiro de fusil* (batalla de Junín inclusive). Desde Tumbes al Apurímac, el Perú se ha librado de la anarquía o de la tiranía”.

“A principios del año que viene, la paz nacerá del último tiro de cañón y no habrá más españoles en América”.

BOLIVAR a José Manuel Restrepo (Bogotá), Chancay, 10 de noviembre de 1824 (veintinueve días antes de la victoria de Ayacucho).

Hombre de a caballo

Con la sola excepción de las pocas semanas inmediatas a su arribo a Lima, procedente de Guayaquil —tiempo lamentablemente perdido en sus laudables esfuerzos por unir la “casa dividida” que es el Perú en aquel momento: Riva Agüero

objeto se cartean entre 1839 y 1843. La obra, en ocho volúmenes, se editó en París, entre 1842 y 1845, es decir, en vida de San Martín, pues éste muere en 1850. Su título es “Voyages autour du monde” (Viajes alrededor del mundo).

Pues bien, en esta obra que sin protesta alguna leyó el general argentino, hallamos estas líneas: “Si el general San Martín, en vez de confiar el comando de sus tropas a hombres como don Domingo Tristán —Tristán era civil, sin ninguna experiencia militar, aclaramos nosotros—, se hubiese puesto él mismo a la cabeza, *habría acabado con toda seguridad la destrucción del poder español en el Perú*, ya que contaba con el país y con la opinión pública, pero lo repetiremos una vez más, Lima tuvo quizás demasiados encantos para un regenerador. El se durmió sobre sus laureles... y cuando vio la falsa posición que se había creado, en vez de erguirse contra las dificultades, abandonó a los peruanos a su anarquía, y se retiró a Chile”. (“Colección Documental de la Independencia del Perú”, tomo XXVII, “Relaciones de Viajeros”, volumen 2º, Lima, 1971, pág. 143).

23. “Il n'est pas question d'envisager des conversations quelconques avec les ennemis du Reich. Cette guerre ne se résoudra par des négociations. C'est une lutte a mort ou l'un des adversaires doit succomber sans rémission”. (*Conferencias del Führer*, fragmento 43, —citado por Jacques Nóbécourt, en “*Le dernier coup de dé de Hitler*”. Ediciones J'ai Lu, París, 1962, pág. 32).

versus Torre Tagle—, toda la acción de Bolívar en nuestra patria se desenvuelve, como si dijéramos, íntegramente a caballo. De noviembre de 1823 a noviembre de 1824, su ímproba y gigantesca empresa, que por momentos nos trae a la memoria los legendarios trabajos de Hércules, puede representarse con la gruesa línea roja de un itinerario trazado sobre el mapa del Perú. Estos son los hitos de su recorrido.

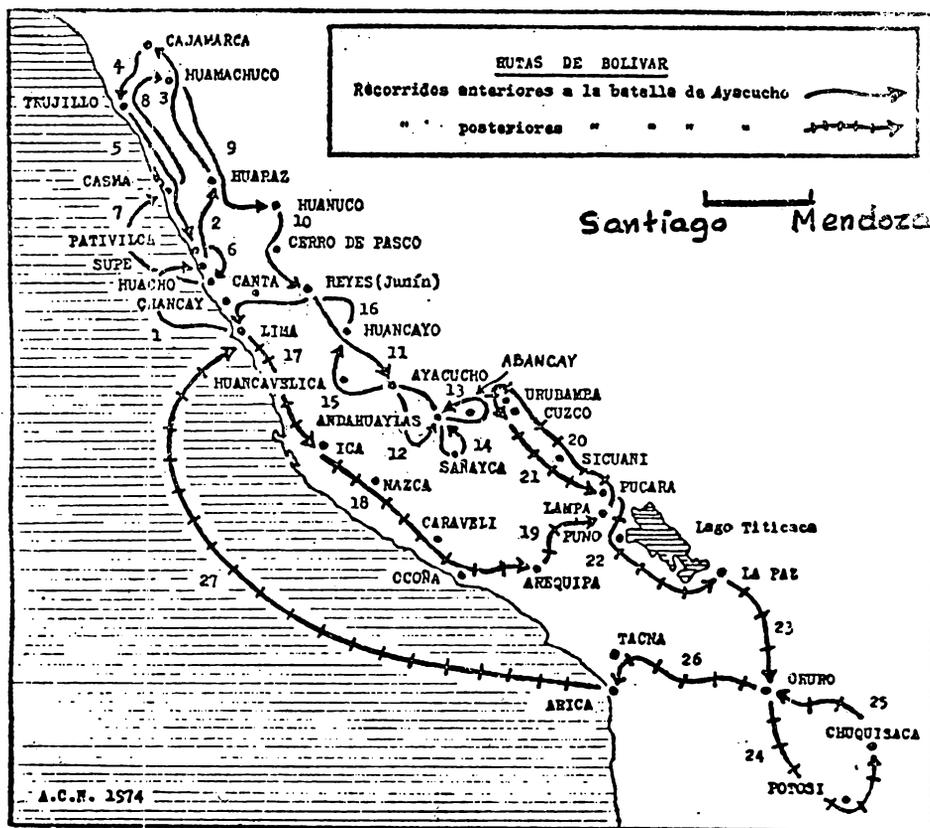
Lima, Pativilca, Marca, Recuay, Huaraz, Yungay, Cabana, Pallasca, Huamachuco, Cajabamba, Cajamarca, Magdalena, Contumazá, Ascope, Trujillo, Casma, Pativilca, Huacho, Casma, Trujillo, Otuzco, Santiago de Chuco (Santiago a secas, la llama Bolívar), Huamachuco, Mollepata, Huaylas, Yungay, Huaraz, Olleros, Chavín, Aguamiro (La Unión), Huánaco, Huarica, Cerro de Pasco, Conocancha, Junín, Tarma, Jauja, Huancayo, Pampas, Huanta, Huamanga, (Ayacucho), Chupas, Vilcashuamán, Carhuanca, San Antonio de Cachi, Huancaray, Andahuaylas, Huancarama, Abancay, río Apurímac, Abancay, Andahuaylas, Huancaray, Chuquibamba, Sañayca, Turpo, Andahuaylas, Uripa, Ocros, Matará, Tambillo, Huamanga, Huanta, Luricocha, Huancavelica, Huando, Huancayo, Tarma, Marcapomacocha, Canta, Santa Rosa de Quives, Hacienda Caballero, Palpa, Chancay, Lima.

Todo esto, antes de la batalla de Ayacucho. A lo largo de estos cientos y cientos de leguas de ardientes desiertos (“semejantes a la Arabia Pétreá”, dirá el Libertador), frías punas y empinadas cordilleras bravías, su actividad es asombrosa. Desconcierta, inclusive, la simple lectura de la nutrida correspondencia que sostiene en cada punto de sus rutas interminables. Con energía sobrehumana, con paciencia, con previsión, jornada a jornada va forjando el alma formidable de Junín y de Ayacucho. Soldados, lanzas, fusiles, sables, dinero, vestuarios, caballos, herraduras, recursos de todo género, “los saca hasta de las piedras”. Dice de él quien en Venezuela y Colombia fuera su más tenaz y valeroso adversario, el general español Pablo Morillo: “Nada es comparable a la actividad incansable de este caudillo. Su arrojo y su talento son títulos para mantenerlo a la cabeza de la revolución y de la guerra. Bolívar es la revolución”.

Otro español, el historiador Mariano Torrente, al analizar la, para sus compatriotas, tan favorable situación de 1823, apunta: “El aspecto de los negocios públicos era sumamente lisonjero para los realistas a fines de este año (1823)”.

“Desde la jornada feliz de Ica (Macacona, abril de 1822), habían recorrido una carrera de triunfos y glorias: los enemigos habían sido batidos cuantas veces habían tenido serenidad para ponérseles al frente: victorias de Torata, Moquegua, Zepita, el Desaguadero”. No obstante el optimismo que a ojos vistas brota de las líneas transcritas, una página más adelante se ve precisado a reconocer: “*Los insurrectos tenían en el territorio peruano un formidable enemigo, cual era Bolívar, armado con todos los rayos del poder de Colombia y con la mágica fuerza de su nombre*”. Veamos, finalmente, cuál era el concepto que del Libertador se había formado el general San Martín: “En cuanto a los hechos militares de Bolívar, puede decirse que le han merecido, y con razón, ser considerado como el hombre más asombroso que haya producido la América del Sur” (José Luis Busaniche, “Bolívar visto por sus contemporáneos”, México, 1960).

Hemos mencionado el itinerario recorrido por el Libertador *antes* de Ayacucho.



RUTAS DE BOLIVAR EN EL PERU. — Para apreciar debidamente la magnitud de los recorridos de Bolívar en el territorio peruano, en este croquis se ha señalado, a la misma escala, la distancia relativa existente entre las ciudades de Mendoza (Argentina) y Santiago de Chile. En esta forma se podrá comparar la longitud de la ruta recorrida por Bolívar en el Perú, con la de San Martín en su famoso Paso de los Andes argentino-chilenos, en 1817.

Lograda la independencia peruana, no soporta el apoltronamiento en Lima. Hace ensillar su caballo —o lo ensilla él mismo, es más probable—, y al trote, luego de dejar atrás a Chorrillos, llega a Lurín. Prosigue luego por este itinerario matador: Cañete, Chincha, Ica, Palpa, Nazca, Caravelí, Ocoña, Arequipa, Lampa, Pucará, Sicuani, Cuzco, Tinta, Pucará,²⁴ Puno, Desaguadero, La Paz, Oruro, Potosí, Chuquisaca (hoy, Sucre), Oruro, Tacna, Arica. Sólo llegado a este puerto es que abandona su fatigado corcel y se embarca para Lima, tocando tierra en el cercano Chorrillos. Pero le restan, aún, dos leguas y cuarto para recorrer a lomo antes de alcanzar la capital, ciudad a la que retorna después de diez meses de ausencia. No podrá decirse de él, pues, que mucho lo atrajera el mullido sillón del Palacio de Pizarro.

24. Aquí, el 2 de agosto de 1825, escucha decir a Choquehuanca:... "Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina".

Tanto trotar y galopar, ascender y bajar cordilleras, no podían dejar de traer inevitables consecuencias. Graves consecuencias. Al fallecer Bolívar y examinarse su cadáver, se descubre que asentaderas y caras interiores de los muslos formaban un solo y gigantesco callo. Gruesísimo callo. Apunta en el protocolo de autopsia el médico francés, que lo atendiera en sus últimos instantes: “Es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S. E. el Libertador era en un principio un catarro pulmonar, que por haber sido descuidado pasó al estado crónico, y consecuentemente degeneró en tisis tuberculosa”. ¿Qué otra cosa podía suceder a quien por quince años de titánicos esfuerzos llevara la bandera de la libertad a través de medio continente, desde las caldeadas arenas de las bocas del Orinoco hasta las frías punas de la altoperuana Potosí?

La fundación de seis repúblicas aniquilaron su férrea constitución física y lo arrastraron a temprana muerte a los cuarentisiete años de edad.

“¿Quién llamó a Bolívar?”

De cuando en cuando se suscitan entre algunos detractores del Libertador, éstas o parecidas preguntas: ¿Quién lo llamó? ¿Para qué vino al Perú, si no era necesaria su presencia, si ya la independencia peruana estaba prácticamente lograda? Con tales preguntas se pretende dar a entender que Bolívar “se metió al Perú”, como si dijéramos, simplemente de rondón, impulsado por su sola y descomunal ambición. Veamos qué hay de cierto en estas tácitas acusaciones.

Recordemos que al salir San Martín del Perú, el 21 de setiembre de 1822, hace entrega del mando del ejército —ejército peruano-chileno-argentino— a su compatriota el general Rudecindo Alvarado.²⁵ Zarpa del Callao con sus tropas este jefe, desembarca en Arica y a poco sufre, en tanto sólo cuarentiocho horas, doble y catastrófica derrota en las batallas de Torata y Moquegua, el 19 y 21 de enero de 1823, en lo que la historia denomina Primera Campaña a Puertos Intermedios. Tímido, irresoluto, lento y carente de dotes de mando, Alvarado es en parte responsable de la destrucción de las fuerzas puestas en sus débiles manos. El historiador argentino Bartolomé Mitre reconoce que, en tales manos, el ejército “fue dejado huérfano al mando de un general sin prestigio”. Tomás Guido, general argentino Ministro de Guerra del Protector, describe del modo siguiente la grave crisis del momento: “La despedida del general San Martín fue el toque de alarma de los partidos y el principio desorganizador del orden que sostenía con empeño. *En la situación en que dejó al Ejército Unido era indispensable mandarlo a campaña.* (Recuérdense las proféticas palabras de Arenales, señaladas en la pág. 93. Véase

25. Varias derrotas, prisionero de los españoles, apresado por sus propios soldados amotinados en el Callao y otras calamidades sufre de continuo este jefe que parece ir acompañado por sombra aciaga. No obstante, posee una cualidad: se ofrece siempre voluntariamente a servir, en lo que fuere. Años más tarde, desde Puno, en su marcha al Alto Perú después de Ayacucho, escribe Sucre a Bolívar: “El general Alvarado dice que si se le manda, él irá, pero está enfermo y es el pobre tan desgraciado, que se puede temer confiarle una empresa”.

Nota 36). No había otro objeto (ocupación) que pudiera entretener su moral. *El general Alvarado no era llamado para dirigirla: su autoridad carecía de prestigio*". (Carta del 22 de abril de 1823, publicada en "Revista de Buenos Aires", y citada por Mitre, tomo IV, pág. 2, de su "Historia de San Martín").

No obstante, en descargo suyo podemos decir que ya en Arica, en diciembre anterior, a punto de marchar hacia Moquegua al encuentro del enemigo, en carta al general San Martín —a la sazón en Chile— nos descubre que el mal que aquejaba al organismo militar era muy hondo y antiguo: "Nuestros amigos los jefes del ejército de los Andes (jefes argentinos) inmediatamente de la separación de usted empezaron a producirme sentimientos de bastante consideración. Me representaron (reclamaron) deseaban ser mandados por Martínez (Enrique, general argentino), y lo nombré de acuerdo con los amigos, jefe del Estado Mayor del ejército de los Andes. Esta providencia será de muy corta duración y los males inevitables. En mucha parte es usted responsable de ellos y los grados (ascensos) concedidos al momento de la separación de usted han sido un buen agente para una *feroz anarquía que nos amaga*. Yo sin duda usaré de cuantos medios dicte la prudencia. . . y abandonaré la empresa porque no bastan mis alientos al remedio de tantos males".

Con este antecedente, emanado del sentir del propio general en jefe del ejército, fácilmente se comprenderá por qué algunos oficiales, argentinos y chilenos, sacudiéndose aún el polvo de esas terribles derrotas, se dirigen al Libertador solici-tándole, angustiados, su inmediata venida al Perú.

Así, el general Martínez —al que acabamos de mencionar— escribe a Bolívar, en mayo de 1823, en vísperas de marchar nuevamente los patriotas al encuentro del enemigo (Segunda Campaña a Puertos Intermedios), y con el marcado pesimismo que se transparenta en sus palabras: "Yo no puedo, por más esfuerzos que hago, hacer nada en el estado en que se encuentran las cosas y sólo usted es el único que podría dar un impulso a la guerra. *El que usted nos mande es en mi opinión el único medio de salvar al país*". Otro jefe argentino, el coronel Juan Lavalle, jefe de Granaderos a Caballo, famoso regimiento creado por San Martín, se dirige por los mismos días al edecán de Bolívar coronel Diego Ibarra, expresándole: "*Si el Libertador no viene, el país se pierde*, la fortuna le brinda la ocasión de agregar a sus títulos inmortales el de Libertador del Perú". Esta Segunda Campaña, dirigida por el general Santa Cruz y su segundo Gamarra, termina en derrota aún más aplastante que la anterior. Los realistas, vencedores, la bautizan, por ironía, con el nombre de "Campaña del Talón", porque el ejército patriota se desintegra en una veloz retirada por territorios del Alto Perú, acosado de cerca por el Virrey La Serna.

Y el propio general San Martín, entonces en Mendoza —Argentina—, once meses después de salir de nuestra patria, el 3 de agosto de 1823, escribe a Bolívar: "Amigo querido: . . . Deseo concluya usted felizmente la campaña del Perú, y que esos pueblos conozcan el beneficio que usted les hace". Obsérvese que en momentos de dirigírsele esta carta, el Libertador se encuentra en Guayaquil, aguardando con impaciencia la autorización del gobierno colombiano para marchar a nuestras playas. El Protector conoce esta situación, y por ello sus palabras significan, realmente, su deseo sincero de que Bolívar pase al Perú.

Según hemos probado documentalmente, para tres jefes argentinos —el general Enrique Martínez, el coronel Juan Lavalle y el general José de San Martín— la presencia del Libertador era necesaria en el Perú. Indispensable, diríamos mejor. ¿Y qué piensan los peruanos de 1823? Podríamos transcribir documentos oficiales nuestros —invitaciones del Congreso a constituirse en el país, etc.—, pero estimamos más conveniente recurrir a un muy documentado historiador, Mariano Felipe Paz Soldán, compatriota nuestro, quien, a más, conoció años después a muchos de los políticos y jefes militares partícipes de los hechos que narra. Pues bien, este distinguido autor, no obstante su escasa simpatía por el Libertador, condensa en pocas, pero muy expresivas líneas, el sentir nacional del momento. “Es cierto que la presencia de Bolívar en el Perú era reclamada por todos los partidos políticos, exigida por la opinión, por el Congreso y por todos los hombres que influían en la suerte del país”.

Y dando cuenta el mismo escritor del inmenso alborozo despertado por su llegada, reconoce: “*Sólo su nombre valía un ejército*”. Más adelante, subraya: “Jamás ningún mortal ha sido recibido con júbilo más cordial ni con mayores esperanzas de lo que debía hacer en favor de un país”. (“Hist. del Perú Independiente”, 2º período, Lima, 1870, pág. 161).

Otro ilustre historiador, extranjero esta vez, el general argentino Bartolomé Mitre, al referirse al arribo a Lima del genio venezolano, admite: “Jamás ningún americano había recibido una ovación más entusiasta ni más merecida. *Era la gloria y era la esperanza de la América personificada*”. (Obra citada, tomo IV, pág. 47).

Así pues, la pregunta “¿Quién llamó a Bolívar?”, puede, con entera verdad, contestarse, por peruanos y por sudamericanos por igual, con las mismas palabras de los vecinos de Fuenteovejuna: “*Todos a una*”.

Bolívar y Lima

Existe, muy difundida, la creencia popular de que Bolívar, por su afición a los bailes y demás reuniones sociales —así se dice—, tenía muchísimo apego a vivir en Lima, capital famosa por lo fastuoso de los saraos y otras fiestas que con excesiva frecuencia ofrecía su manirrota aristocracia criolla. Nada más alejado de la verdad. Muchas son las referencias del propio Libertador que echan por tierra esa idea equivocada. ¡Y eso que en absoluto le desagradaran Lima y las limeñas!

A los diecinueve días de su llegada a nuestra capital escribe al general Santander, Vicepresidente de Colombia (llamaba él Colombia al conjunto actual de Venezuela, Colombia y Ecuador): “Yo, cada día más contento en Lima, porque hasta ahora voy bien con todo el mundo: los hombres me estiman y las damas me quieren. Esto es muy agradable. Lima tiene muchos placeres para el que puede pagarlos. La mesa es excelente, el teatro regular, muy adornado de lindos ojos y de un porte hechicero; coches, caballos, paseos, toros, Té Deums, nada falta, sino plata para el que no la tiene, que a mí me sobra con mis ahorros pasados”.*

* Todas las citas de Bolívar pertenecen a “*Cartas del Libertador*”, tomos III y IV, Caracas, 1964-1966.

Pero lo positivo es que desde el día mismo de su arribo a nuestra patria se fijó una meta de la que jamás se apeará: "He venido al Perú a darle la independencia, y estamos en guerra. Antes de alcanzada esta meta, huiré de Lima para vivir con mis soldados". Este juramento, que parece haberse hecho, lo cumplió religiosamente. Al llegar el 9 de diciembre de 1824 y librarse la batalla final de la independencia americana, llevaba Bolívar un total de 458 días vividos en el Perú, de los que solamente 76 los había pasado bajo el cielo limeño. Es decir, 84% en provincias y 16% en la capital. Antes de él no sucede tal cosa con ningún gobernante realista ni patriota. Esta observación merece serena reflexión.

Desde Trujillo, el 25 de diciembre de 1823, escribe a Sucre, que se encuentra en Huánuco: "Mañana parto a disponer la defensa del Callao"...: "Dentro de 40 días estaré con usted en Huánuco, o en dondequiera que esté. *Sólo 20 días estaré en Lima; ojalá pudiera estar menos*, porque fuera del ejército estoy fuera de mi centro". No llega a viajar a la capital, y poco después, encontrándose en Pativilca gravemente enfermo, escribe a Santander, el 7 de enero: "Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Usted no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, y en medio de una tormenta como ésta, represento la senectud"... "Si me voy a convalecer a Lima, los negocios y las tramoyas me volverían a enfermar". Al coronel Heres, también desde Pativilca, le comunica el 15 de enero: "Yo, definitivamente, *no vuelvo más a Lima, porque nada tengo que hacer allí*. Trujillo será por ahora mi residencia. Allí debo estar para atender a 12.000 colombianos que espero de refuerzo"... "Medina (su ayudante), pues, va a buscar mi caballo, mi silla, mis libros y cuanto exista en Lima mío, sin exceptuar una paja".

Un día más tarde escribe a Sucre, desde la misma pequeña villa: "*No iré a Lima a perder el tiempo y la paciencia*. A fines de este mes me iré a Trujillo a darles dirección a las tropas que vengan de Colombia"... "*Después seguiré a la Sierra*"... "Pérez (secretario de Bolívar) y el general Alvarado han estado aquí y me han afirmado del estado de las cosas en Lima"... "*Mucho me han instado a que fuese a la capital; pero yo no he querido ir*". Por lo que vemos, Bolívar parece huir de Lima como José, hijo de Jacob, huía de la mujer de Putifar.

Dos meses después de la batalla de Junín, desde Huamanga —antiguo nombre de la actual ciudad de Ayacucho— escribe al general La Mar estas líneas que hoy destilan profundo significado geopolítico: "*Lima está a cien leguas de distancia del Perú, y el gobierno es muy inferior a la nación*".

Las frases que hemos copiado, referente a los toros, paseos y lindos ojos de las limeñas, no constituyen tema principal de aquella carta. Estos aspectos agradables de Lima aparecen recién en su último párrafo. El meollo de la carta va en el primero: "Todo esto quiere decir que *debemos apresurarnos mucho para ganar terreno y muy particularmente el de la Sierra de Jauja y de Pasco*, que son muy interesantes a esta capital".

Estas líneas también son, podríamos decir, proféticas: a medio camino de Pasco a Jauja queda la pampa de Junín...

Bolívar y la Sierra

Como lo han evidenciado todas las guerras nacionales —y el profesor indulgente nos disculpará repetirlo—, es la Sierra, y no la Costa, el corazón del Perú. Con gran facilidad Lima y la Costa han caído en poder de invasores. Persuadido Pizarro de que la sola posesión del estrecho y árido litoral lo mantendría en situación peligrosa frente a las ingentes masas de soldados indígenas dueños del interior del país, *como paso previo a la fundación de Lima* se adelanta a ocupar Quito y el Cuzco, es decir, se aferra sólidamente con ambos brazos a la Sierra. En julio de 1821, San Martín ingresa a la capital del Virreinato sin que su ejército tuviera necesidad de disparar un solo tiro de fusil, es muy cierto; y proclama luego la independencia en la Plaza Mayor, no es menos cierto; pero es la verdad que la guerra prosigue por tres años y medio, hasta fines de 1824 —batalla de Ayacucho—, porque la Sierra, granero de Lima entonces como ahora, continúa tranquilamente en manos españolas. El caso se repite en 1838. La capital es ocupada por los “Restauradores” que obedecen a Gamarra y a Bulnes, pero la lucha persiste en la Sierra hasta que se libra la sangrienta batalla de Yungay. Cuarenta y cuatro años más tarde, Huamachuco pone punto final a otra guerra. Obsérvese esto: Ayacucho, Yungay, Huamachuco, batallas serranas las tres.

Hemos visto que San Martín no da a la Sierra su verdadero valor militar. Se contenta con acantonar su ejército en Lima, después que el enemigo abandona pacíficamente la capital, sin percatarse —como una y otra vez se lo previene el general Arenales— que a los jefes españoles, nuevos Anteos, les basta poner el pie en el Ande para reconstituir, como por arte de magia, sus raleados batallones de enflaquecidos soldados. Y este milagro lo realizan en la cercana Jauja, a escasas cinco jornadas de marcha de Lima. Más grave aún: ordena a Arenales, quien por segunda vez se encontraba en la Sierra precisamente por orden suya, *bajar inmediata y definitivamente a la capital*. (Véase pág. 93 y Nota 36). Y todavía: dispone que las activas montoneras dejen de acosar a los españoles durante su penosa retirada de la capital a la Sierra, y *se concentren todas en Lima*.

¿A qué obedece tan extraña conducta en el general en jefe? En carta a Bernardo O'Higgins, le escribe el 19 de julio de 1821, explicándole, podemos decir, la razón de su reclusión en Lima: “Al fin nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. *El Perú es libre*. En conclusión, yo ya preveo el término de mi vida pública, y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras, y retirarme a un rincón a vivir como hombre”. (Benjamín Vicuña Mackenna: “El general San Martín según documentos inéditos”, Santiago de Chile, 1902, pág. 56). Mitre, historiador argentino, al comentar esta carta reconoce el grave error en que incurre San Martín. “Nótase —apunta— un síntoma de delirio pasivo en la *exagerada importancia que daba a la posesión de Lima* y cierta inercia militar que era su consecuencia, aparte de dar ya la guerra casi por terminada, y *hacerle abandonar la expedición de la Sierra*, donde únicamente podía decidirse”. . . . “Este error debía costar cuatro años más de guerra”. (Obra citada, tomo III, pág. 64 y 30).

Muy otro es el criterio de Bolívar. Con certero golpe de vista descubre que en esa región, en el Ande, se encuentra la clave de la victoria, e impaciente por cul-

minar su empresa, se prodiga, él personalmente, en llevar a la Sierra las tropas nacionales y los auxiliares extranjeros a medida que llegan a nuestros puertos. Obsérvese cuál es su conducta.

Exactamente al cumplir una semana de su arribo al Perú, el 8 de setiembre de 1823, escribe desde Lima al general Santa Cruz, que por entonces se encuentra en la región de Oruro, en el Alto Perú, —Alto Perú, territorio argentino, insistimos, no peruano, como los peruanos afirmamos—, en difícil situación frente a las numerosas fuerzas realistas. “Yo saldré —dícele— con 6.000 o 7.000 hombres dentro de un mes, sin falta ninguna, sea como fuere y cueste lo que costare. Cuento, general, con esta seguridad. Aún no sé por qué punto me decida a penetrar en la Sierra, pero puedo asegurar a usted que *mi plan es apoderarme, por lo pronto, de todo el país comprendido desde Pasco hasta el Apurímac*”. En el último párrafo de la misma comunicación, subraya: “Vuelvo a repetir a usted que *en todo el mes que entra estaré sobre Jauja, y tal vez sobre Huamanga (Ayacucho), porque estoy impaciente por posesionarme de la Sierra*. Como con la diaria salida del Sol, cuente usted con esto”.

Tres días más tarde, en carta a otro destinatario, insiste: “*La ocupación de la Sierra de Huamanga será de un precio infinito, y esta operación será emprendida con solidez (seguridad) dentro de treinta días, marchando yo a su cabeza*”. Lástima grande, sus jubilosos proyectos de fulminante ofensiva son contenidos por violento frenazo. El Congreso declara traidor a Riva Agüero y dispone que Bolívar —entonces primera autoridad militar, no política— proceda de inmediato a la captura del rebelde.²⁶

Poco después, reducido el caudillo norteño, en su marcha de Huaraz a Cajamarca se detiene el Libertador en Pallasca, y escribe al general Santander, Vicepresidente de Colombia como ya se indicó: “Salí de Lima a interponerme entre Riva Agüero (que domina los territorios de Trujillo, Huaraz y Cajamarca) y los godos (españoles) de Jauja”. . . “Los facciosos (partidarios de Rivas Agüero) fueron embarcados para Chile”. . . “En fin, dé usted por concluida la *guerra agüera*”. Y prosigue: “Esta marcha nos ha hecho algún perjuicio, porque *nos ha impedido ir al Cuzco*” (8 de diciembre de 1823).

Desde Cajamarca dice al coronel Heres (14 de diciembre): “Como mi intención es que *toda la expedición chilena se interne a la Sierra*, para preservarla del contagio de las enfermedades de la Costa y para suministrarle víveres en abundan-

26. Se juzga, por muchos, de indebida intromisión en asuntos peruanos, estrictamente domésticos, esta participación del Libertador en el sometimiento del que fuera primer Presidente del Perú. Sin embargo, antes de censurar tal ingerencia, solicitada por peruanos deseosos de poner término a la “casa dividida” que es entonces nuestra patria, conozcamos el parecer de algunos compatriotas nuestros, contemporáneos y partícipes de los hechos. Así, el Ministro de Guerra, general Berindoaga, escribe por aquellos días a Bolívar: “Yo congratulo a V.E. por el término feliz de la campaña contra Riva Agüero y anhelo ver a usted cuanto antes”. Y Unánue, el sabio y virtuoso Unánue, el hombre de patriotismo acrisolado, exprésale: “Mi jefe y mi señor. Doy a V. E. el parabién por haber concluido con la *anarquía y guerra civil*, y espero que con igual suerte termine la que existe contra el enemigo común de la América”. . .

cia, insto a usted para que tome el mayor interés en que así se haga luego que llegue la tropa de Chile a cualquier punto que aborde y en cualquier número”.²⁷

No obstante encontrarse enfermo y reconocer que la Sierra le ha afectado la salud —“La Sierra del Perú es más Sierra que todas las Sierras de Colombia”, escribe a Santander—, como nada le arredra y la impetuosidad de su carácter lo aguijonea a hacerlo todo, desde Pativilca comunica a Sucre, a la sazón en Huánuco (16 de enero de 1824): “Si usted se fastidiare, como es regular (natural), de esos miserables lugares, avísemelo con anticipación, para ir a reemplazarlo, pues *yo veo de la mayor importancia que uno de los dos estemos al alcance de observar al enemigo de cerca*, para dirigir oportuna y prontamente nuestras operaciones”.

Dos días más tarde, al Supremo Director (Presidente) de Chile: “Suplico a V. E. con encarecimiento que se acelere la venida de dicha expedición (de 3.000 chilenos) a las costas del Norte del Callao, donde *será recibida personalmente por mí y conducida a la Sierra de Huaylas*”.

Desde Huaraz escribe a Sucre, que se halla en Oyón (9 de junio de 1824): “El coronel Althaus, que le acompañe para que levante croquis del país (región) y nos dé relaciones geográficas del *territorio que hemos de atravesar*. Lo que deben investigar es el estado de las fuerzas enemigas y de sus posiciones; los pasos del río Jauja (Mantaro) que son vadeables; las posiciones fuertes que puede tomar el enemigo; y los rodeos que nosotros debemos seguir para evitar estas posiciones a derecha e izquierda del río de Jauja”. . . Realmente, cuando se leen decenas y decenas de páginas de su correspondencia, todas nutridas de cien y cien pormenores, consejos y previsiones de carácter militar, no puede uno menos de exclamar: Así ¡cómo no iba a triunfar!

* * *

Afirma Napoleón que de todos los obstáculos que se oponen a la marcha de un ejército, el más difícil de vencer es el desierto, siguiéndolo las montañas elevadas y ocupando el tercer lugar los ríos anchos y caudalosos. Hagamos un esfuerzo por imaginar las terribles dificultades que tendría que superar el Libertador al conducir tropas de un efectivo de 9.000 hombres por este itinerario: Trujillo-Otuzco — Huamachuco — Mollepata — Yungay — Huaraz — Olleros — Chavín — Agumiro (La Unión) — Huánuco — Cerro — Conocancha — Reyes (Junín). — Tarma — Huancayo — Huamanga (Ayacucho) — Vilcashuamán — Carhuanca — San Antonio de Cachi — Huancaray — Andahuaylas — Huancarama — Abancay Curuhuasi — Río Apurímac — Abancay — Andahuaylas — Chuquibamba — Challhuanca. . . Y tengamos en cuenta varias circunstancias. En primer lugar, que Bolívar no se ha limitado a un simple “paso de los Andes”, es decir, ascender por una vertiente de la Cordillera y bajar por la otra. No. *El ejército por él personal-*

27. Por estas líneas se observa la doble preocupación del Libertador: preservar la salud de las tropas y aclimatarlas a la región donde él sabe se decidirá la guerra y se ganará la independencia peruana, independencia tantos años indecisa: la Sierra. “¿Qué ganará nuestro ejército con entrar a Lima a apestarse?”, escribía, alarmado, el general Arenales a San Martín (pág. 93).

mente conducido ha marchado, literalmente, sobre el lomo de los Andes, y ésto, por cientos de leguas, a lo largo de varias semanas.

Los desiertos a que se refiere Napoleón son los de Egipto, similares a los arenales del Perú. Los desiertos que el Libertador y su ejército atraviesan no son únicamente los del árido litoral de nuestra patria. Los Andes peruanos —lo sabe todo viajero que desde la ventanilla del avión observa con detenimiento el panorama— constituyen, realmente, elevadísimo desolado y revuelto desierto, un alargado Tibet, en el que, en la campaña de 1824, es indispensable llevarlo todo a lomo de mulo: alimentos para la tropa, grano y alfalfa para el ganado, leña y hasta el agua (“carece de agua y está helado”, escribe Bolívar). Además, frías temperaturas nocturnas, el soroche, numerosos ríos que, aunque no caudalosos, se encuentran casi todos —el Pampas, Pachachaca y Apurímac— en tajos profundos a los que es necesario bajar serpenteando largas horas por senderos de cabras tallados en la roca, y volver a subir luego con matadora fatiga de hombres y animales. . .

Concretándonos a las montañas en cuanto obstáculo militar, los más grandes capitanes las han mirado siempre con temeroso respeto. Así se refiere de Aníbal, Napoleón, San Martín.

A punto ya de cruzar los Andes chilenos en hermosa operación que cerrará con el broche de oro de Chacabuco, exclama el general argentino: “Lo que no me deja dormir no es la oposición de los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes”. (Mitre, I, pág. 573).

Escrita por Bolívar al pie de los negros farallones de la gigantesca Cordillera Blanca que vigila el ojo misterioso del terrible Huascarán, la carta del Libertador a Sucre últimamente citada (9 de junio) termina con estas sencillas palabras reveladoras de resolución inquebrantable y seguridad absolutas:

“A fines de este mes estará todo al otro lado de la Cordillera”.

Por un clavo. . .

“En el paso alpino de San Bernardo —refiere Thiers en su “Historia del Consulado y del Imperio”— había llevado Napoleón la previsión hasta el extremo de mandar establecer al pie del desfiladero talleres de talabartero, para componer los atalajes de la artillería. Sobre asunto tan baladí en apariencia, escribió por sí mismo varias cartas”. Al igual que los más grandes capitanes, en su campaña peruana evidenció Bolívar un cuidado extremo por los detalles. Su espíritu previsor es asimismo notable. Parece, en efecto, que se hubiese guiado, en todo momento, por la antigua quisicosa aquella de que por un clavo se perdió una herradura, por una herradura un caballo, por un caballo un jinete, por un jinete una batalla y por una batalla un reino.

De Cajamarca, el 14 de diciembre de 1823, escribe al coronel Tomás Heres, que se encuentra en Guayaquil: “Necesitamos, entre otras cosas, miles y miles de herraduras y herradores numerosos, que deben venir a Trujillo, de grado o por fuerza, y embarcados, pues *tenemos buenos caballos pero sin patas por falta de he-*

rraduras". De Pativilca, al mismo, el 15 de enero siguiente: "Castillo dice que no hay botones ni paño encarnado para las vueltas de los uniformes en Guayaquil. El tiene orden de construir cuatro mil vestuarios, y está parado por falta de estos artículos". De Otuzco, el 14 de abril, a Sucre: "No permita usted que los caballos se hierren con las herraduras que se han mandado, porque los clavos no valen nada, nada. Que se vayan adobando (preparando) entretanto las herraduras, mientras se consiguen buenos clavos, porque yo los mandaré de hierro de Vizcaya, grandes y buenos. Los herradores y herreros, que adoben perfectamente las herraduras, para que no se pierda el tiempo"... "Los caballos buenos, útiles, que se vayan engordando con cebada, que deberá conseguirse a todo trance, aunque sea comprándola a cuenta de cuentas, o por dinero si no hay otro partido".

Después de ocuparse, en la misma carta, de diez o quince otros asuntos, continúa: "Tenemos 1.400 hombres de caballería, por lo menos; cada hombre irá montado en una mula y llevará su caballo de diestro (de la brida); pero esto no bastará. El parque y el bagaje nos ocuparán mil mulas y debemos llevar reemplazos. Diez mil reses de repuesto (provisión) serán pocas. El pan y la menestra serán difíciles, aunque haya granos. Se debe mandar labrar (fabricar) galletas. Debemos pensar en que lleve cada hombre sacos de maíz o cebada cocida o tostada; también mucha cebada para los caballos, que deberán llevar en dos sacos de dos arrobas, cada caballo". Prosigue Bolívar: "Haga usted que a los caballos de la Costa les hagan todos los remedios imaginables a fin de que se les endurezcan los cascos, quemándose con planchas de hierro caliente, y bañándolos con cocuiza (cuerda hecha de la planta cocui), que se mandará a buscar dondequiera que la haya".

Nunca satisfecho —como siempre insatisfecho ha sido todo gran capitán—, al día siguiente vuelve a decir a Heres: "Necesitamos, pues: 1º infinitas herraduras con sus clavos. 2º Mulas y caballos"... 6º Dinero y botiquines"... "Desvélese usted por los clavos y las herraduras, y después por lo demás". Cuatro días más tarde, ya desde Santiago de Chuco —porque Bolívar, hombre de a caballo, está en continuo movimiento—, se dirige nuevamente a Heres: "Por los malditos clavos se han perdido todas las herraduras, una gran parte de los caballos y alguna gente"... "¿Ha de creer usted que no podamos ejecutar el movimiento general por estos malditos clavos? Ruego a usted, por Dios, que haga examinar el hierro de Vizcaya, si es dulce o no"... "que se solicite a precio de oro el tal hierro de Vizcaya"... "A Cajamarca mande usted hierro de Suecia para que hagan herraduras sin clavos, según el modelo que va ya adobado. En Trujillo y Huamachuco se harán los clavos, y en Cajamarca sólo las herraduras".

Desde Huamachuco, el 28 de abril, insiste ante Heres: "Los clavos ingleses que ha traído López son muy delgados y se doblan"... "Por estos malhadados clavos, va a perderse el Perú; vele usted sobre esto mucho, mucho. Que los clavos sean igual, igual, que el modelo que llevó López". Desde la misma población, el 6 de mayo, escribe a su secretario Pérez: "Debe, pues, marchar a Nepeña todo el hierro posible y acero, el plomo, el papel, las telas, las agujas, el hilo, las suelas, los aceites, los mixtos (pólvora) y la cera. En fin, todo lo necesario para continuar los mismos trabajos que estaban establecidos en Trujillo". Aclaremos el por qué de la necesidad del traslado de todos estos materiales. A mediados de abril deja

Trujillo el Libertador, y por Santiago de Chuco y Huamachuco se encamina a Huaraz para proseguir luego, en su búsqueda del enemigo, hacia Huánuco y Cerro de Pasco. Realmente, resultaba complejo el problema de transportar los numerosos talleres establecidos en Trujillo: talabartería, armería, herrería, hojalatería, fundición, imprenta...

El historiador argentino general Mitre dice de Bolívar: "Tenía el talento de la palabra hablada y escrita". Un hombre con tan acentuada inclinación literaria sufría al ver algo mal escrito, y por ello su rechazo a los redactores del periódico del Ejército Unido Libertador. "Remito a usted —escribe a su secretario Pérez, desde Huamachuco— "El Centinela", que está indignamente redactado, para que *usted mismo lo corrija, y lo mande de nuevo a reimprimir*, a fin de que corra de un modo decente y correcto". Esta carta lleva la siguiente posdata: "La adjunta traducción del "Correo de Londres", que es muy interesante, hágala usted insertar en la 'Gaceta del Gobierno', pero que antes se corrijan el estilo y la puntuación, que son detestables".

Todavía en Huamachuco, se dirige al general La Mar (7 de mayo): "Ahora acabo de ver el oficio de usted, refiriéndose al del coronel Placencia sobre clavos y herraduras, y creo que, *para mayor inteligencia, debo yo mismo escribir a usted*. Desde Otuzco le escribí a Placencia diciéndole que los clavos que le habían dado en Trujillo no valían nada como él lo había experimentado, y le expliqué demasiado bien que los clavos no valían nada y que esperara nuevos. Ahora sale diciendo que los mismos clavos se rompen y se pierden las herraduras, como si yo no lo supiera, y como si yo no le hubiera dado a usted clavos buenos traídos de Trujillo para que hierren esos caballos de Placencia. *Dígame usted, querido general, si ha recibido un cajoncito de clavos de los cuales creo que hablé a usted y mandé que se los entregaran* para que herrasen la caballería de Placencia"... "Me parece muy bien que se hierren los caballos de pies y manos"... "los clavos para las *herraduras españolas* deben de tener, fuera de la cabeza, dos pulgadas por lo menos"... "la cabeza debe ser muy fuerte para que sufra en lugar de la herradura todo el uso exterior, que, como más elevada debe chocar más con las piedras y el terreno"... "Para las *herraduras inglesas* debe tener el clavo dos pulgadas, pero más fino en todo, para que quede embutida la mayor parte de la cabeza en una pequeña canal que tiene este tipo de herradura"...

No debe sorprendernos que esta meticulosidad de Bolívar, que supera la de Napoleón, la desplegara llegado ya a territorio peruano, en marcha sobre las fuerzas realistas. Tres meses antes de salir de Guayaquil rumbo a nuestras playas, escribe a Sucre, a la sazón en Lima (24 de mayo de 1823):... "yo mismo no emprenderé nada si no tenemos medios de movilidad y caballos robustos para la caballería"... "que se mantengan bien con un cuidado esmerado, con herraduras y repuestos de ellas; *que no se permita que nadie monte un caballo, y que estos caballos se cuiden por personas que los quieran como si fuesen sus propias mujeres*".

La guerra es dura

“De Pradt dice, con mucha razón —escribe Bolívar al Presidente Torre Tagle—, repitiendo a los maestros de la guerra, que el alma de ésta es el despotismo; es decir, mando sin límites y obediencia sin examen”. En esta carta, fechada en Pativilca, el 7 de enero de 1824 —menos de un mes antes de la traición del sargento Dámaso Moyano, del regimiento Río de la Plata—, y como presintiendo lo que pronto sucedería en el Callao, hay estas líneas admonitorias: “Tenga usted la bondad de decirle al general Martínez, de mi parte, que yo celebraría mucho que, por el honor de las armas de su país (Argentina), se hiciese un castigo ejemplar con los cómplices de este suceso, que si fuesen de Colombia, él vería si yo los castigaba como he mandado juzgar rigurosamente a los autores de un tumulto de armas que hubo en Trujillo, entre los coraceros del general La Fuente y los húsares de mi escolta, pocas horas *después de mi salida* de allí”.

Un mes más tarde (9 de febrero), desde la misma población, recién enterado de la insurrección de las tropas argentinas de guarnición en el Callao, escribe a La Mar, señalándole las urgentes medidas a que obliga la gravísima situación: “Necesitamos, querido general, hacernos sordos al clamor de todo el mundo; porque la guerra se alimenta del despotismo, y no se hace por el amor de Dios, no ahorre usted nada por hacer, despliegue usted un carácter terrible, inexorable”... “si no hay fusiles, hay lanzas”... “haga usted construir mucho equipo, muchas fornituras en toda la extensión del departamento; cada pueblo, cada hombre, sirve para alguna cosa: *pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes*. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre”... “No le escribo al general La Fuente por separado, porque no haría más que repetirle estas ideas”... “Dígale usted de mi parte que *el tiempo de hacer milagros ha llegado*”...

A Sucre, que se halla en Huánuco, le escribe (13 de febrero): “Yo me voy a Trujillo a declarar la ley marcial”... “*Estoy resuelto a no aborrrar medida ninguna y a comprometerme hasta el alma porque se salve este país*”. Al día siguiente, insiste ante La Mar: “Dé usted las órdenes más terribles para aprovecharlo todo en favor del ejército”. Al general Necochea, en cambio, le dice cosas de otro tenor (27 de febrero): “Todo el mundo está encantado con usted, y yo, si me permite usted la franqueza, le diré que estoy furioso contra su bondad, su política y su parsimonia. La guerra no vive sino de actos de violencia y de destrucción; no se hace por el amor de Dios”. A Sucre (21 de marzo) le cuenta las dificultades económicas por las que pasa: “Hemos sacado cerca de cien mil pesos de los particulares y de las iglesias, de los cuales he mandado veinte mil al almirante; y en medias pagas de oficiales; cuarta de tropa, compra de vestuario y maestranza, ya no quedan más que veinte y tantos mil, sin haber podido pagar las libranzas que hemos mandado a usted”... “así va todo, y para el mes que viene no tendremos qué comer, si no se toman medidas muy fuertes con las alhajas de las iglesias de todas partes”.

La guerra es dura y no se hace por el amor de Dios. La necesidad de mantener una moral elevada en oficiales y tropa, indispensable para lograr la victoria, obliga muchas veces al jefe a recurrir a medidas en extremo rigurosas. “He

fusilado a cuatro oficiales de los más cobardes, para animar a los otros”, dice al general Santander, a propósito de la derrota sufrida por el coronel Urdaneta en La Legua, a medio camino entre Lima y el Callao. Este hecho doloroso le merece, pues, palabras que tienen mucha semejanza con otras de Voltaire respecto de Inglaterra: “En este país, es conveniente fusilar de vez en cuando a un almirante, para animar a los demás”.²⁸

Viveres y movilidad

Anota Vegecio, tratadista militar de los primeros siglos de nuestra era: “Asunto capital en la guerra es proceder de modo que nunca nos falten los víveres, y que les falten al enemigo”. Veamos cómo cumple Bolívar con este precepto, según órdenes que imparte a Sucre desde Pativilca: “Los enemigos estarán reunidos para marchar a Trujillo dentro de 30 ó 40 días, a más tardar; esta cuaresma, pues debemos consagrarla toda entera a la *recolección de toda cosa útil para el ejército*”. ¿Cómo proceder para cumplir esta delicada operación, difícil por la inevitable dispersión y desorden? Prosigue la carta: “Para este fin, el mejor método es emplear en guerrillas todos los cuerpos de nuestro ejército, encargándoles a los comandantes la más grande exactitud y orden en las exacciones, y *que no dejen rincón que no visiten y examinen escrupulosamente*”. Esta carta, muy larga y repleta de minuciosas instrucciones, concluye así: . . . “y lo dicho, dicho. Bolívar”.

Inteligente y de una actividad asombrosa, Sucre cumple a cabalidad lo ordenado por su jefe. Desde Huánuco escribe al Libertador: “Es verdad que según usted me dice, los godos (españoles) repetirán tantos viajes en busca de ganado, que por último no dejarán una res. Pero esta vez no llevaron ni una, ni un carnero siquiera, porque no nos costó poco trabajo para hacerlos echar para Oyón” . . . “Temo que cesando las noticias de enemigos, quieran sus dueños volverlos a llevar, pero he ordenado al Gobernador de Cerro que no se traigan sin una orden expresa. De Huamalíes tenemos seguras 2.500 reses en Huari, y 9.000 carneros, que nos darán bastante carne para el invierno” . . . “Usted sabe las dificultades para arrancar a estos paisanos sus ganados, para transportarlos a lejanas distancias” . . .

Aunque una vez dijera “Dios no me ha prestado su palabra mágica”, la verdad es que “ajustando convenientemente las clavijas”, sabía él alcanzar metas que a otros resultaban imposibles. Para mejor comprender estos logros, trasladémonos, como si dijéramos, al campo realista. ¿Cómo ven éstos su llegada al Perú? Dice un historiador español: “Hizo su entrada pública en Lima en medio de las mayores aclamaciones de los abatidos sediciosos, que se figuraban ver en aquel caudillo al salvador de su ilegítimo partido”. ¿Y qué dicen de la aparición en escena del ejército que creara el Libertador? El mismo historiador, el documentado Torrente, ya conocido nuestro, escribe: “Como las tropas realistas no se mo-

28. Dans ce pays-ci (Inglaterra) il est bon de tuer de temps en temps un admiral pour encourager les autres— *Cándido*, capítulo 23.

vieron de sus cantones de Jauja, pudo Bolívar organizar su ejército, completándolo hasta el número de 11.000 hombres, entre ellos 6.000 colombianos, y darle una *asombrosa movilidad*". Reconoce el citado autor grande mérito al adversario al estampar estas palabras: "Inconcebible parece cómo en tan poco tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección. Abundaban las provisiones de guerra y boca, el armamento, vestuario, medios de transporte y cuantos elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña". (Obra citada, págs. 262, 289-290).

Por las líneas transcritas se reconoce, en efecto, el milagro obrado por la dura mano del caudillo venezolano. Sin embargo, no es en absoluto fácil imitar su ejemplo. Inducir al ciudadano a la entrega voluntaria de los elementos que requiere la patria, es difícil, lo dice la experiencia. Proceder a la exacción o requisición, presenta serios inconvenientes: el ocultamiento; quejas de los perjudicados respecto de algunos privilegiados; despierta la idea de que la patria se encuentra en situación angustiosa acaso más grave de la real... Los serios obstáculos por superar inhiben a un jefe de "calibre" normal, lo dice la historia. Citemos un caso nuestro, peruano.

Lima. Últimas semanas del año 1880. Se sabe que el enemigo está a punto de emprender la marcha sobre la capital. Como no es verosímil un desembarco en el Callao, bien artillado, se ejecutan obras de fortificación en Ancón, pero el tiempo no permite construir ninguna en Lurín. En determinado momento el comando peruano comprende que la suerte de la capital peligraría gravemente si el enemigo logra poner pie en el valle de Lurín. Para impedirlo, se ordena ocuparlo, preventivamente, al coronel Andrés Cáceres. Parte Cáceres lleno de ardor... , pero será mejor que cedamos la palabra a un escritor limeño que narra la maniobra.

... "la sed agotaba a sus soldados, las municiones eran escasas, la tropa caminaba con tan limitados elementos como si marchase a una parada. Fue necesario contramarchar y se contramarchó. ¡Fuerza del destino!"

"Pero, ¿por qué carecía la división de Cáceres de los elementos de movilidad indispensables, bestias y vehículos? ...

"¿No se habían dado las órdenes para empadronar y requisar los medios de movilidad que en la capital existían? ¿Por qué, pues, faltaron? No queremos dar otras razones que la consecuencia (complacencia) para con los interesados en retener aquellos objetos útiles para sus propias industrias; y también el deseo, muy plausible pero inconveniente en esa emergencia, de no hacer sentir a la población los efectos anticipados de la guerra".

"¿Por qué el gobierno no acudió a los particulares? ¿Qué razón impedía al gobierno tomar de hecho cuanto hubiere necesitado? Provisto nuestro ejército de las acémilas y vehículos que había menester, una división, un ejército entero, pudo llegar a Lurín, cuando el invasor apenas tenía una diminuta fracción de sus tropas en tierra y entonces... los resultados hubiesen sido distintos".²⁹

~ 29. "El Comercio", de Lima, 17 de enero de 1884.

Al meditar en los desastres de esta guerra y en lo mucho que pudo hacerse de haber contado nuestra patria con un conductor de mano dura, no podemos menos de lamentar: ¡Cómo no tuvimos entonces un pequeño Bolívar!

IV. SISTEMA DE GUERRA DE BOLIVAR

“Una máxima de guerra que nunca se deberá olvidar es que se deben reunir los acantonamientos en el punto más lejano y más a cubierto del enemigo, sobre todo si éste puede presentarse en forma sorpresiva. De esta manera siempre habrá tiempo para reunir todo el ejército antes que el enemigo pueda atacarnos”.—NAPOLEÓN.

La empresa que cumple Bolívar en el Perú ofrece tres etapas sucesivas, a saber: una primera, netamente política, destinada exclusivamente a lograr la ansiada *unión* frente al enemigo común; una segunda, de carácter estrictamente bélico, cuya finalidad es la *destrucción de las fuerzas españolas* que se enseñorean de las tres cuartas partes del territorio nacional; en la tercera, convertido Bolívar en gobernante peruano, concrétase a *dirigir los destinos de nuestra patria* e impulsarla por la senda del progreso.

La primera etapa (*setiembre de 1823 a febrero de 1824*) se extiende desde la llegada del Libertador al Perú hasta el hundimiento de la República, colapso originado por la caída del Callao y Lima en manos españolas a consecuencia de la defección de las tropas argentinas que guarnecen las fortalezas del puerto.

Abarca la segunda (*marzo a diciembre de 1824*) el período comprendido entre la traslación a Trujillo de la capitalidad de la nación y la concluyente victoria de Ayacucho.

Finalmente la tercera (*enero de 1825 a setiembre de 1826*) nos muestra al Libertador totalmente entregado a las tareas del gobierno del Perú y d la recién creada Bolivia.

La ola

Dada la finalidad de esta charla, no podemos, en razón del tiempo disponible, ni debemos, en razón del carácter del amable auditorio, tratar este asunto en otra forma que no sea una exposición muy sencilla y alejada de todo tecnicismo militar.

Contemplada en su conjunto la campaña militar del Libertador en el Perú, podemos compararla con una ola. En ésta observamos tres momentos nítidamente diferenciados:

(1) Una masa de agua, la resaca, que retrocede tumultuosa, de tierra hacia el mar;

(2) Esta masa, que retrocede, se encuentra con otra mucho mayor que avanza, y al unir sus caudales ambas corrientes, se arremolinan y forman elevada montaña líquida, que por un instante parece mantenerse en inestable equilibrio, sin avanzar ni retroceder, sólo hinchándose y creciendo en altura;

(3) Tomando impulso en este choque previo —cachascanista que se arroja de espaldas sobre las cuerdas del ring, para golpear de rebote con mayor ímpetu a su adversario—, la enorme masa resultante, la *ola* propiamente dicha, inicia su carrera hacia la costa, con velocidad que va en rápido aumento, hasta formarse la poderosa cresta que rabiosa lanza sobre el acantilado, estallando en atronador estampido.

Estas tres fases o momentos de la ola se corresponden exactamente a las sucesivas operaciones llevadas a cabo por Bolívar: (1) Abandono de Lima por Trujillo, como nueva capital del Perú y base de operaciones; (2) Organización de poderosas fuerzas militares; (3) Fulminante ofensiva.

Antes de ocuparnos detenidamente de estas etapas, en forma gráfica daremos, en dos o tres minutos, una visión total de la campaña bolivariana en nuestra patria. (Estos croquis aparecen en la obra, ya mencionada. “Antología de la Independencia del Perú”, 1972).

(1) *Trujillo, capital del Perú*

Antecedentes. Parece como si la ocupación por los patriotas de la ciudad de Lima —ensangrentada túnica de Neso— hubiese atraído funestas consecuencias a sus envanecidos poseedores. Desde principios de julio de 1821, hasta fines de marzo de 1824, fecha en que Bolívar transfiere a Trujillo la capitalidad de la República, todos los gobernantes independientes —San Martín, la Junta Gubernativa, Riva Agüero, inclusive Sucre por breves días, Torre Tagle— llevan vida en extrema azarosa frente al creciente poderío militar realista.³⁰

30. Ya hemos mencionado —con palabras de los propios partícipes— las graves consecuencias derivadas de haber permitido imprudentemente San Martín la tranquila reorganización de las fuerzas españolas en la rica región de Jauja, a las puertas mismas de Lima. Reconstituidas física y moralmente, no se hace esperar la repentina “vuelta de la tortilla”. En efecto:

- a) A cinco semanas escasas de la solemne proclamación de la independencia, amenazan ya los ocupantes de la “disipada” —palabra de Miller— capital. Baja de la Sierra, por la quebrada del río Lurín, una división española con el general Canterac, pasa por Cieneguilla y La Molina, desfila por San Borja y la Huaca Juliana —a tiro de fusil del ejército independiente, tres veces más numeroso, mandado por San Martín en persona—, y continuando a Maranga, hace su ingreso al Callao, cuya guarnición, a órdenes de La Mar, realista hasta ese momento, recibe triunfalmente a los audaces expedicionarios, con repiques de campanas, alegre quema de fuegos artificiales y bulliciosas retretas. Después de tomarse seis días de descanso, retorna Canterac a la Sierra sin que fuera castigada su doble osadía.
- b) En junio de 1823, ya la cosa no queda en mera amenaza. El mismo Canterac, alentado con el recuerdo de la increíble pasividad de sus adversarios, ya no satisfecho con **ostentoso desfile, marcha rectamente sobre la capital**, y —a la manera de San Martín en 1821— la ocupa sin disparar un tiro. Lima es, pues —por lo que se ha dicho y por lo que se dirá luego—, un bien mostrenco a disposición del audaz —o incauto— que a su posesión aspira. ¿Y el gobierno, y el ejército, qué hacen? Las escasas fuerzas que la guarnecen en esos momentos, con el gobierno y sus órganos en pleno, buscan seguro refugio tras las sólidas murallas de las fortalezas del Callao. Para colmo de

Establecidos éstos en Jauja desde julio de 1821, por tres veces llevan el terror a la capital: setiembre de 1821; junio de 1823; febrero de 1824. ¡Cuánto han cambiado las cosas desde 1820! Decíamos, no muchas páginas atrás, recordará el lector: “Estas escenas de espanto se repetían a cada amago, que se hacía sobre la capital”, refiriéndose a la angustia española vivida en Lima en octubre de 1820 (ver página 92). En 1824 se produce la terrible convulsión político-militar comparable a una explosión volcánica: a principios de febrero se inicia rosario de infaustos sucesos que pone en peligro de muerte a la revolución peruana. Sus principales hechos son éstos: sublevación de las tropas argentinas del Callao, que a poco izan en las fortalezas del puerto la bandera española; pánico en la capital ante la aproximación de las divisiones realistas de Monet y de Rodil, que en operación concéntrica marchan desde Jauja e Ica, respectivamente; sintiéndose impotente, el Congreso entrega a Bolívar *in extremis*, la totalidad del poder dictatorial, declárase a sí mismo en receso, y depone a Torres Tagle; presumible descubrimiento de tratos de éste con el enemigo; atemorizado el expresidente, opta por cobijarse bajo el sol que en el momento le ofrece más calor: los españoles; para hacer méritos a los ojos de éstos —¿traición, cobardía, atolondramiento?—, Torre Tagle lanza una proclama de total apoyo al enemigo: “Unido ya al ejército na-

males, durante el forzado encierro estalla la discordia en el puerto. El Presidente Riva Agüero, depuesto por el Congreso, marcha a Trujillo a establecer su propio gobierno. Torre Tagle, elegido nuevo Presidente por el mismo Congreso, hace otro tanto en Lima... una vez voluntariamente desocupada por sus momentáneos dueños españoles.

- c) En febrero de 1824, en fin, se produce la catástrofe. Una vez más, tropas realistas marchan sobre la capital. Al gobierno no le queda ya, como en el susto del año anterior, el seguro burladero de plaza de toros representado por el castillo Real Felipe. Viéndose entre dos poderosas mandíbulas realistas: las tropas de Monet y Rodil, por un lado, que tocan ya las goteras de la ciudad, y por el otro, la fuerte guarnición del Callao, en cuya fortaleza se ve izada la bandera de España desde la reciente traición del sargento Moyano, del regimiento Río de la Plata, ¿qué hacer? Algunos funcionarios y vecinos logran escapar, pero los más, en vez de emigrar a Pativilca, como lo ordena Bolívar y lo indica el sentido común, se pliegan a los vencedores. García Camba, jefe español ya conocido nuestro, luego de nombrar a varios de estos que podríamos llamar “hombres de poca fe”, refiere que también se sometió: “crecido número de personas distinguidas y muchos de los llamados cívicos, con los cuales se formó un batallón de voluntarios para auxilio de la guarnición (realista) de la capital, y el que antes del 17 de marzo contaba más de 600 plazas útiles”.

Dice Paz Soldán: “La traición de Moyano fue imitada pocos días después por los pérfidos escuadrones Granaderos de los Andes, que avanzados de Cañete recibieron orden de replegarse sobre Lima (para evitar el contagio originado por la traición de Moyano) y se levantaron contra sus jefes en la Tablada de Lurín, y apresándolos, proclamaron la causa del rey y pasaron a unirse con los traidores del Callao”. Comentando esta cadena de defecciones de las tropas argentinas, achacable en parte a desatención económica del gobierno de Torre Tagle y en parte no menor a la indisciplina y malos tratos de sus propios oficiales, escribe el historiador platense Bartolomé Mitre: “Así quedó disuelto por el motín y la traición, el memorable Ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú”. (Obra citada, tomo IV, pág. 71). Una vez más, señalamos el “cambio de moda” experimentado y cómo el paso del batallón realista Numancia a los independientes, en 1820, tuvo su contraparte, mucho más grave, en 1824. Adviértase, de paso (pág. 114), la previsión del Libertador al recomen-

cional (español), mi suerte será siempre la suya"... "Hombres de todas las clases que habitáis el Perú, seguid el ejemplo de un honrado ciudadano".

Su llamado encuentra eco. Algunas unidades del ejército y partidas de monotoneros, íntegras, se pasan a los realistas. Igual camino siguen muchos funcionarios públicos, jefes y oficiales del ejército, vecinos distinguidos. Entre los "peces grandes" figuran el vicepresidente de la república, Aliaga; el presidente del Congreso, Galdiano; el ministro de Guerra, Berindoaga; el jefe del estado mayor. Para impulsar más el torrente de trásfugas, a su ingreso a Lima el general español Monet publica un decreto de amnistía. Entre militares y civiles, alrededor de 400 personas se pasan al campo contrario.³¹

Al referirnos al momento de la llegada de San Martín al Perú, subrayábamos de cuán favorable se le ofrecía la situación. Decíamos que los "trasiegos" del campamento realista al de los patriotas se repetían a diario (págs. 85-6). La moda de 1821, en efecto, impulsaba a los individuos a cambiar los colores rojo y gualda de la bandera española por el rojo y blanco de la peruana. Ahora, en 1824 —días

dar al general Martínez una severa sanción a sus indisciplinados soldados. De haber sido aplicado en su momento el correctivo, se habrían ahorrado indecibles males al ejército y a la nación. Y lo que tiene importancia capital, jamás la plaza del Callao hubiera pasado a manos españolas. Tampoco Lima.

Es ésta la hora gloriosa de Bolívar. Hombre nacido para vencer las mayores dificultades, en estos momentos se agiganta su figura hasta convertirse en sólida roca que resiste los más furiosos embates de la tempestad, y que en corto plazo conduce sus tropas a la victoria. Y así como Inglaterra se apretó con fe alrededor de Churchill en hora de angustia, en igual forma un selecto grupo de peruanos rodea a Bolívar en la crisis más aciaga de la revolución americana. "Las circunstancias son horribles para la patria; vosotros lo sabéis, pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún", dice el Libertador en proclama destinada a inspirar fe a los vacilantes. El general Guillermo Miller —más amigo de San Martín que del Libertador— es certero en su juicio al referirse a estos angustiosos días en que la nación parecía sucumbir irremediabilmente. "Quizá nada de cuanto hizo Bolívar en el Perú —escribe en sus *Memorias*— dio más títulos a su gloria, que su conducta en los críticos momentos que se siguieron a la sublevación de las tropas del Callao; por su firmeza, actividad y oportunos ejemplares (sanciones), cortó el progreso de las defecciones, y obtuvo el respeto y entera confianza de todo buen patriota. A su nombre acompañaba cierto encanto (poder subyugador), y era considerado como el único hombre capaz de salvar la República" (tomo II, pág. 105). También el español Torrente reconoce la poderosa personalidad del Libertador. Véase pág. 102.

31. Refiriéndose a estos lamentables sucesos peruanos de principios de 1824, escribe el teniente José Ildelfonso Arenales, hijo del ilustre vencedor de Cerro de Pasco: "Después de la gran batalla de Ayacucho se publicó en Lima una relación oficial que contenía los nombres de más de 300 oficiales del ejército patriota que durante los conflictos anteriores se pasaron al enemigo. Esta es una de las más notables circunstancias que contribuyen a realzar el mérito del general Bolívar en haber salvado al Perú". (*"Segunda Campaña a la Sierra del Perú en 1821"*, Buenos Aires, 1920, pág. 60). Como dato curioso que demuestra la admiración que el Libertador despertó en este inteligente oficial argentino, diremos al amigo lector que en su valiosa obra menciona dos veces al genio venezolano y en ambas lo escribe con mayúsculas: BOLIVAR (pág. 60 y 151). A ninguno otro de los muchos personajes que figuran en su libro le rinde ese pequeño pero a la verdad muy significativo homenaje.

de Bolívar—, pues la moda ya cambió: el rojo y blanco es reemplazado por el rojo y gualda.³²

El que la corriente general fuera contraria, amerita aun más al grupo selecto de patriotas peruanos —los “emigrados”— que abandona Lima para unirse a Bolívar en Pativilca: Sánchez Carrión, Unánue y otros resueltos e inteligentes ciudadanos, cuyos servicios van a ser pronto de primera importancia. Si hacemos un paralelo del Perú de febrero de 1824 con la Francia de junio de 1940, aplastada por Alemania, descubrimos estas coincidencias: Sánchez Carrión es De Gaulle; Pativilca, la Gran Bretaña y Bolívar es Churchill.

Trujillo. No sabemos si algún historiador haya subrayado el carácter verdaderamente decisivo que para la independencia peruana representó la conversión de Trujillo en capital de la República. En ese cambio va la diferencia que media entre derrota y victoria. El abandono de Lima fue salvadora amputación de un miembro totalmente gangrenado. Tantas son las ventajas que Trujillo tiene sobre Lima, desde 1821, que asombra cómo a lo largo de los treintidós meses que

32. Doloroso es tener que consignar estos hechos, pero lo hacemos porque la historia debe ser veraz. En parte, al menos, explica este colapso peruano —lo reconoce hidalgamente un jefe español, el general Andrés García Camba, protagonista e historiador de los sucesos—, el desmoralizador ejemplo dado por algunas unidades del ejército. “A los independientes —escribe— acabó de confundirlos la conducta decidida (no se olvide que habla un adversario) de los Granaderos Montados de los Andes que —luego de pasarse a los traidores del Callao, según se señala en la Nota 30, en palabras de Paz Soldán— continuaron haciendo frecuentes correrías sobre la capital y sus contornos”. Estos malos elementos llegaron en su atrevimiento a acuchillar a soldados leales “hasta dentro de la misma capital” (“Memorias”, tomo II, pág. 159).

De esta manera el temor por sus vidas y propiedades, la desaparición por largos días de todo vestigio de autoridad, el crimen y el saqueo a que impunemente se entregan muchos individuos de tropa, aterrorizó a los débiles, que se ven precisados a acudir, afligidos, al poder constituido: las divisiones españolas de Monet y de Rodil.

Como botón de muestra veamos qué sucede en el Callao, dentro de la fortaleza del Real Felipe, nada menos, según relato del citado autor Torrente: “(Monet y Rodil) Llegaron a tiempo al Callao para afirmar el dominio del Rey, pero llegan cuando ya se habían perpetrado las más horribles tropelías, cuando los feroces negros habían saqueado todas las riquezas y preciosidades depositadas en aquel recinto y cuando su vandálico espíritu de devastación había inutilizado cuanto estuvo al alcance de su furor, sin que Moyano (argentino), Casariego y Alaix (españoles) se atreviesen a corregirlos, porque seguramente les habría sido hartamente funesta toda providencia que hubieran querido adoptar para remediar aquel horrible desorden”. (obra citada, pág. 271-272).

Cierto es, no puede negarse, que apreciable número de aquellos débiles se enrolaron en las filas realistas y emplearon sus armas contra los patriotas en las batallas de Junín y de Ayacucho, igual que en la tenaz resistencia de Rodil en el Callao, posteriormente. Pero también diremos, para ser justos, que hechos semejantes, por enojosos que resulten, se han dado en todas las épocas y latitudes. Citemos un ejemplo. Ejemplo moderno, acontecido en nación de reconocida cultura y patriotismo: Francia. Al relatar el general De Gaulle las encarnizadas luchas intestinas entabladas entre “Colaboracionistas” y “Resistentes” durante la ocupación alemana de su patria, escribe con dolor: “Una vez más, en el drama nacional, la sangre francesa corrió en los dos lados. La patria vio a los mejores de los suyos morir defendiéndola. Con honor, con amor, ella los mece con pena. ¡Ay! Algunos de sus hijos cayeron en el campo contrario”.—(“*Memorias de Guerra. La Salvación*”, Luis de Caralt, Barcelona, 1970, pág. 45).

van de julio de 1821 a marzo de 1824, ningún gobernante tomara tan trascendental decisión. Con Lima capital y las mayores fuerzas realistas en la cercana Jauja, los independientes vivían en la permanente angustia de contemplar sobre sus cabezas una espada suspendida de débil crin. . . . Tras los muros de cuarteles y conventos, bajo el mismo techo hogareño, sentados alrededor de una mesa de café, entre los muchos genuflexos “besamanos” que frecuentan la casa de “los Pizarro” —que decía San Martín—, conviven estrechamente mezclados patriotas y realistas, resultando imposible, por ello, montar ninguna operación militar, sin que los numerosos y diligentes espías trasmitiesen la noticia al virrey. No se olvide que las murallas de Lima cobijaban a numerosa población española, y también criollos, partidarios del mantenimiento de la situación colonial de nuestra patria. Y hay algo más, sumamente grave. El acantonamiento de las tropas independientes en una ciudad grande y con los placeres que ofrecía Lima, resultaba contrario a los más elementales principios de la disciplina. Ya lo decía un ilustre tratadista militar, el primero en estudiar las campañas napoleónicas: “El preciso endurecer a los ejércitos con los ejercicios y los trabajos; no dejarlos holgar jamás en la molición de las ciudades” (Jomini). Véanse las opiniones coincidentes que al respecto expresaron Miller, Arenales y Mitre (págs. 92-94).

Al declarar a Trujillo capital, Bolívar imita al Pizarro de la isla del Gallo. Los débiles, los indiferentes, permanecen en Lima. Quienes prefieren la lucha —“lágrimas, sudor y sangre”—, lo siguen al norte. Convertida en capital la ciudad norteña, ya Bolívar podrá disponer de libertad de acción, del suficiente espacio que le permita la seguridad: protección contra la información enemiga y la sorpresa estratégica. (Recuérdese la máxima napoleónica de la página 118). Así contará, además —y esto es fundamental—, con poblaciones *políticamente sanas*, con provincias abundantes en recursos de todo género. “*Replegando nosotros al norte aumentaremos nuestras fuerzas y nuestros recursos* —masa de agua que retrocede, la resaca, en busca del embate que impulsa con violencia hacia la playa—, *en tanto que ellos* (el enemigo) *disminuyen sus tropas y sus medios*”, escribe Bolívar a La Mar, el 9 de febrero, desde Pativilca, al recibir las primeras noticias de la insurrección de Moyano.

(2) Organización del ejército

Dispersos a lo largo de nuestra charla hemos mencionado diferentes aspectos relacionados con la organización de las fuerzas armadas en la región norte del país. Ahora tocaremos, ordenadamente, los principales asuntos que caracterizan la labor militar del Libertador. Estos elementos son los siguientes: a) Unidad de mando; b) Comando en jefe; c) Tropas; d) Plan de operaciones; e) Movilidad; f) Recursos. (Por razón de brevedad omitiremos algunos de estos).

Unidad de mando. Reza un antiguo refrán que cuando los capitanes son varios, el barco zozobra. Esta idea, de simple sentido común, la expresa Napoleón de esta forma: “El mando único es la primera necesidad de una guerra”. Diseminada a través de la correspondencia de Bolívar, hallamos múltiples manifestaciones de que esa misma necesidad la exigía en todas sus empresas militares. “Si el

Congreso manda por una parte, y yo por otra al mismo ejército, tendremos un monstruo que devorará al Perú”, escribe desde Pativilca al Presidente Torre Tagle, en enero de 1824. Respecto del desorden y caos —en el fondo, ausencia de unidad, nada más y nada menos—, expresa: “Podemos contar con 15 ó 16.000 hombres disponibles, si vienen los de Chile, *pero sin pies ni cabeza*; sin pies por falta de movilidad y sin cabeza porque a nadie obedecen. Nadie obedece a nadie y todos aborrecen a todos”. Recomendamos a los señores profesores revisar lo ya expresado por el Libertador a propósito de movilidad (págs. 114 y 116). “El gobierno de Riva Agüero es el gobierno de Catilina unido al de un caos”, escribe a Sucre, antes de venir al Perú (4 de agosto de 1823).

Comando en Jefe. Decía Napoleón: “Un general que tenga que ver las cosas a través de los ojos ajenos, nunca podrá mandar un ejército como debiera”. “La voluntad, el carácter y la audacia me han hecho lo que soy”. A través de esta charla hemos hecho numerosas referencias de cómo Bolívar se desplaza continuamente, y cómo todo lo hace y lo ve personalmente, sin economizar esfuerzos. Mitre, historiador argentino, dice de él: “Poseía en alto grado las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar, competían con su fortaleza y su ímpetu heroico para ir siempre adelante. Poseía el arte de imponerse al enemigo y de infundir confianza a los suyos”. Téngase en cuenta que estos juicios aparecen nada menos que en su “*Historia de San Martín*”, obra que en parte es un estudio paralelo del Protector y del Libertador. (Tomo III, pág. 342).

Plan de campaña. Aducen algunos historiadores que han estudiado sólo superficialmente sus campañas, que Bolívar no preparaba seriamente éstas, sino que actuaba por improntus, movido por la vehemencia e inquietud de su temperamento. Dicho en otras palabras, se afirma fue genial repentista. Nada más alejado de la verdad. En el Perú meditó *largamente* sus operaciones militares dentro de lo relativo que fueron las suyas realmente campañas relámpago. Es aleccionador observar a través de su correspondencia cómo madura sus planes. Cómo les introduce las modificaciones que la cambiante situación propia y del enemigo así lo exigen. Desde Pativilca, el 26 de enero de 1824, expone a Sucre —situado a la sazón en Huánuco— su plan de campaña. Este es un documento admirable, a la verdad. Contiene todas las posibles hipótesis de guerra, es metódico, lleva las medidas de previsión necesarias. Nada le falta. Igual que un ingeniero que antes de levantar elevado edificio, completa minucioso cálculo que le permite diseñar los cimientos, pilotes y zapatas capaces de soportarlo, exactamente procede el Libertador. Por ello su plan, netamente defensivo en esos momentos, aparece quizá hasta tímido. Ello se debe a que no dispone por entonces de los elementos necesarios para tomar resuelta ofensiva. Pero, aún así, dicho plan defensivo contiene medidas ofensivas a corto radio, a manera de certeros zarpazos de felino acosado por varios enemigos poderosos.

“Al comienzo de una campaña —afirma Napoleón— se debe considerar cuidadosamente si se debe o no avanzar, pero *una vez decidida la ofensiva, ésta*

ha de realizarse hasta el límite". El plan de Bolívar parece estar inspirado en este consejo del corso. Pocos días después de remitir a Sucre dicho plan, solicita el parecer de su lugarteniente (4 de febrero): ("mis pensamientos) esperan por usted para recibir su último toque. Véngase usted, pues, volando, a verme aquí; dejando antes todas sus órdenes dadas para que nada falte a la ejecución de mis primeras y últimas disposiciones, y de aquellas más que usted haya determinado. Aquí tendremos una conferencia extensa, y tranquila. *Usted hará el papel de fiscal, y yo el de abogado de mi opinión. Ojalá tuviéramos un juez imparcial que acordara lo mejor*".

(3) *Ofensiva*

Decía Napoleón: "*En la guerra, como en el amor, para acabar es necesario verse de cerca*". Aunque por lo risueño parezca un dicho sin importancia, este pensamiento contiene, realmente, toda la esencia de la ofensiva estratégica. Acaso no pueda expresarse en forma más comprensible y condensada la necesidad de tomar resueltamente la ofensiva en una y otras actividades, si se desea cantar pronta victoria. Si no, imaginemos lo que sucedería de aceptarse la estéril defensa pasiva.

La adopción de una resuelta ofensiva o de una prolongada defensiva es, en el fondo, asunto de temperamento personal del jefe. Así como no se concibe un Grau cruzado de brazos sobre el puente del Huáscar, en aguas del Callao, en pacífica espera de un eventual ataque enemigo; así como tampoco es imaginable un Cochrane, en las afueras de la misma bahía, viendo transcurrir días y días de aburrida vigilancia de los barcos españoles protegidos por los cañones del Real Felipe; si resulta difícil suponer a Rommel establecido a la defensiva en Africa, como lo estuviera su antecesor el italiano Graziani; en igual forma, no podemos figurarnos a Bolívar, sea en Lima, sea en Trujillo, aguardando, indolente, una ofensiva realista. Ya hemos visto (pág. 109) cómo desde su llegada a nuestra patria tasca impaciente el freno a que lo obliga la abierta rebelión armada de Riva Agüero. "Casa dividida" es el Perú que él encuentra a su llegada a nuestras costas. Por ello su primer empeño fue lograr la ansiada *unión*.

La ofensiva, para tener éxito, exige ciertos requisitos, de los que mencionaremos algunos: a) Elevada moral; b) Plan simple; c) Concentración de esfuerzos; d) Rapidez; e) Sorpresa.

Moral. Cuando en Santa Elena madame Montholon pregunta al Emperador cuáles tropas eran las mejores, Napoleón le responde: "Las mejores tropas, madame, son las que ganan batallas". Claro está que para ganar batallas se requiere de una moral muy elevada, particularmente en los momentos críticos de una campaña. No menos evidente resulta que la moral de la tropa es, en buena parte, resultado de una paciente y tesonera labor del jefe. Quien siembra, cosecha. Como vasos comunicantes, esa moral la transmite el jefe a sus hombres. Veamos la fe absoluta que Bolívar tiene en la victoria que sabe le proporcionarán los soldados por él cuidadosamente preparados y por él firmemente imbuidos de elevada mística.

El 10 de noviembre de 1824 —29 días antes de Ayacucho—, al dar a conocer a su amigo el general Montilla (en Colombia) todo lo que ha logrado hasta el momento, en lo referente a valiosas ventajas sobre el enemigo y puntualizar sus próximos pasos, le dice: “(estamos a punto de) dar un golpe final que ya no puede disputarse. Y sepa usted, de paso, para que no se asombre de nuestras ventajas: no somos superiores al enemigo sino en valor y disciplina”. . . . “En el día son, poco más o menos, iguales a nosotros en número; *pero este número no vale cosa, porque no tienen moral ni disciplina*”.

Dos semanas más tarde, enterado por carta de Sucre de que los realistas, marchando desde el Cuzco hasta Huamanga, pasando por Challhuanca —es decir, describiendo un semicírculo—, han aparecido a retaguardia del ejército patriota, estacionado en la región de Andahuaylas, cortando, con ese audaz movimiento, sus comunicaciones con Lima, escribe al general Santa Cruz: “*tomarle la espalda a nuestro ejército es una imbecilidad*; pues por tomarle la espalda a nuestros soldados no se dispersan y al contrario, se les obliga a batirse a la desesperada”. Es decir, a luchar con redoblado ardor.

¿Y qué dice el propio Sucre respecto de esta —en teoría— magnífica maniobra realista? Desde Andahuaylas, escribe al Libertador (13 de noviembre): “Cuando supimos ayer que los españoles iban a llegar hoy a Andahuaylas, no puede usted pensar el contento del ejército juzgando ya que una batalla iba a terminar la campaña; algunos que decían “*estamos cortados*”, eran contestados por la tropa: “*mejor, pues estamos ciertos de que nos esperan*”.

¡Cuánta verdad hay en las palabras que siguen inmediatamente a las anteriores: “*Con esta clase de gente no dudo que batimos en cualquier parte a los enemigos*”! Podemos agregar: de tal jefe, tales soldados.

Plan simple. “Siendo la guerra un arte de ejecución, deben excluirse de ella todas las combinaciones complicadas. La primera condición de todas las buenas maniobras es la sencillez”. Si con esta máxima de guerra napoleónica como cartabón, medimos o calibramos el plan de ofensiva seguido por los patriotas en las dos campañas a Puertos Intermedios (1822, 1823), descubriremos la razón de sus sucesivos fracasos. En efecto, resultaba sumamente difícil, por no decir imposible, conducir y coordinar —en el espacio y en el tiempo— sus tres divisiones concurrentes, destinadas a operar a varios millares de kilómetros de distancia una de otras: *una*, el grueso, que partiendo del Callao embarcada en la escuadra, debía tocar la tierra en uno de los puertos *intermedios* entre dicho puerto e Iquique —de ahí la denominación de esas expediciones—, para destruir a las fuerzas realistas de la zona Arequipa-Puno; *otra*, que desde Lima debía marchar a la Sierra, por Matucana, sobre el agrupamiento enemigo de Jauja-Huancayo, en misión de *fijación*, es decir, impedir a este agrupamiento acudir en socorro de sus camaradas de la zona amagada (Arequipa); *una tercera*, procedente de Argentina, avanzaría hacia el norte, en dirección a Puno, también en misión de fijación respecto de los realistas del Alto Perú. Con la primera división (el grueso) debían cooperar, a su vez, otras dos divisiones: una *colombiana*, que se embarcaría en el Callao *rumbo al sur*; otra, *chilena*, que haciendo *rumbo al norte*, se le incorporaría en uno de los puertos de Iquique o Arica. Y es lo curioso, que el grueso zarpa del Callao sin

haberse asegurado previamente de la partida de las tropas chilenas. En maquinaria tan complicada era de temer que el entorpecimiento de una sola ruedecilla echaría a perder el funcionamiento del conjunto. Así sucedió, en efecto.

Esta maniobra —pulpo de cinco tentáculos—, ideada y preparada en sus pasos preliminares por San Martín, ejecutada por Alvarado, su hombre de confianza, adolecía de grave pecado original, por lo que dice de ella el historiador argentino general Mitre: “La combinación (plan de campaña) era relativamente buena, pero contingente (aleatoria); *aun en el caso de buen éxito, no hería el poder enemigo en el corazón*” (obra citada, toma IV, págs. 8-9).

Siguiendo el citado precepto napoleónico de la *sencillez*, Bolívar —a diferencia del Protector, siempre inclinado al empleo de destacamentos y divisiones aisladas: 1ª y 2ª campañas de Arenales, Andrés Reyes, Miller, Alvarado, Bermúdez, Aldao, Tristán, etc.—; *Bolívar*, repetimos, *va a maniobrar teniendo la totalidad de sus tropas en la mano, bajo su mando personal y directo*. Reunidas, apretadas en sólido haz —“concentración de fuerzas”—, con ellas va a golpear con el máximo vigor a su adversario. Pesado martillo accionado con la mayor potencia.

Al conocer el virrey La Serna la rebelión de Olañeta en el Alto Perú, dispone que el general Valdés, situado en Arequipa, parta de inmediato a aplastar al disidente, para reunir luego todas sus fuerzas —división Canterac (Jauja) y división Valdés— contra la seria amenaza que representa la presencia del activo Bolívar en la región de Trujillo-Huaraz. En estos momentos, abril de 1824, la situación político-militar realista es, pues, análoga a la de los patriotas en setiembre-diciembre de 1823, al arribar el Libertador al Perú. En este último caso, a Bolívar le tocó, por disposición del Congreso, el mismo papel que a Valdés le señala ahora el virrey: la represión de un rebelde (Riva Agüero).

Pero, el Libertador —“con rapidez para concebir y audacia para ejecutar”, virtudes que le reconoce el argentino Mitre— no deja escapar la brillante ocasión que le ofrece esta “casa dividida” del enemigo. Apliquemos a esta situación político-militar una muy clara definición de estrategia que nos da un famoso mariscal de Napoleón, y se comprenderá perfectamente la habilidad y agresividad con que actúa Bolívar: “*La estrategia tiene un doble objeto: 1º Reunir todas nuestras tropas (ejército patriota), o el mayor número posible de ellas, sobre el teatro de la lucha (zona Cerro-Jauja), cuando no tiene sobre él el enemigo más que una parte de las suyas (Canterac solo, por ausencia de Valdés); 2º Cubrir y asegurar las comunicaciones propias, amenazando a la vez las del enemigo*” (Marmont). (Nos adelantaremos en decir que fue precisamente la amenaza de la línea de comunicaciones de Canterac —ruta Jauja-Junín-Carhuamayo-Cerro—, por acción sorpresiva de Bolívar sobre la retaguardia de este jefe, que obliga a las fuerzas realistas a ejecutar un precipitado retroceso, para escapar angustiosamente por el cuello de la botella —Junín—. Es en esta situación de honda depresión de la moral realista que se libra la batalla del 6 de agosto de 1824).

Comprende Bolívar que es peligroso penetrar demasiado profundamente en un territorio extenso, topográficamente difícil y fuertemente ocupado por el enemigo. Observemos este diagrama. Pero también sabe que lograda una victoria decisiva sobre Canterac en la región Cerro-Jauja, la independencia peruana estará

asegurada. Acaso sin necesidad de empeñar otra batalla. Por ello, confiado en la elevada calidad de sus tropas, *se lanza velozmente adelante* —resorte comprimido puesto en libertad—, *fírmemente resuelto a ganar la guerra en la primera batalla*. Dice el reputado crítico militar Jomini, ya conocido nuestro: “La guerra ofensiva de invasión obliga a veces a alargar demasiado la *línea de operaciones* (itinerario Trujillo-Huaraz-Cerro-Huancayo-Huamanga-Cuzco), sobre todo en medio de los *obstáculos de todo género* (cordilleras, desoladas punas, quebradas profundas: Mantaro, Pampas, Pachachaca, Apurímac) favorables al defensor (realistas); pero en caso de éxito (Junín, Ayacucho), *hiere al enemigo en el mismo corazón, y pone término a la campaña*”. (Compárese con la opinión pesimista de Mitre respecto del plan de San Martín a Puertos Intermedios, pág. 128).

Siguiendo tal precepto —lo haya leído o no el Libertador—, inspirado en la audacia, no debe sorprendernos que la campaña de 1824 sea realmente una auténtica *blitzkrieg*, una guerra relámpago. Nuestros diagramas son suficientemente claros y explícitos.

Aunque escapara la infantería y artillería de Canterac a la *batalla de aniquilamiento* que ardoroso busca Bolívar en Junín, la sola derrota de su caballería tiene ya decisiva trascendencia.³³ “La derrota de Junín —confiesa el español To-

33. A punto estuvo el Libertador de ganar la independencia peruana, probablemente en Junín, probablemente el 7 de agosto, aniversario de su victoria de Boyacá, 7 de agosto de 1819. Escribe Santa Cruz, Jefe de Estado Mayor, el 7 de agosto, dando cuenta de la acción del día anterior: “El ejército libertador, reunido en las cercanías del mineral (centro minero) de Pasco, emprendió sus operaciones el 2 del corriente, a tiempo que el enemigo, erguido por sus anteriores sucesos (éxitos), dejó en los primeros días de este mes sus acantonamientos de Jauja y Tarma para buscarnos.

“Mientras que el ejército español marchaba por el camino de Reyes (Reyes, antiguo nombre del hoy pueblo de Junín; camino de Reyes, el que de Jauja pasa por Junín, Carhuamayo y Cerro, es decir, al este del lago de Junín, o de Chinchaycocha, como antes se llamaba), el ejército unido (ejército libertador, formado por los ejércitos *unidos* del Perú y de Colombia) se movía por la derecha del río Jauja (Mantaro), con el objeto de tomarlo por la espalda. En la segunda jornada, después de dejar las cercanías del mineral de Pasco, se recibieron los primeros partes de la marcha del enemigo, y no obstante se continuó la nuestra con la mira de interponernos, en caso de que contramarchase, informado de nuestra dirección.

“S. E. (Su Excelencia) el Libertador supo ayer en Conocancha que todas las fuerzas españolas compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones y nueve piezas de campaña al mando del general Canterac, se hallaban en Carhuamayo. S. E. dispuso hacer una marcha forzada y directa a Reyes, donde los enemigos habían de tocar en su retirada, *pensando celebrar el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú*, porque S. E. contaba con dar una batalla, puesto que el enemigo la provocaba. Por precipitado que fue nuestro movimiento, *no pudimos lograr esta ventaja, ni satisfacer los deseos del ejército*: los españoles habían vuelto sobre sus pasos con una velocidad indecible. Al llegar a la altura que domina estas llanuras, observó el Libertador que el ejército enemigo seguía rápidamente para Tarma (sin hacer frente a los patriotas, quiere significar Santa Cruz), hallándose aún nuestra infantería dos leguas (11 kilómetros) distante del campo de Junín. En consecuencia, *trató de retardarles la marcha, presentándoles algunos cuerpos de caballería*. Siete escuadrones mandados inmediatamente por el intrépido general Necochea, comandante general de caballería, se adelantaron a las cinco de la tarde, al trote, hasta la llanura donde se hallaba el enemigo” (Los paréntesis y subrayados son del conferenciante).

rente— tuvo la mayor influencia en la suerte del Perú”... “No fue la pérdida de 400 caballos sufrida por los realistas la parte más sensible para el celoso general que los mandaba, sino *la desconfianza que se introdujo en ellos desde que vieron tanta serenidad y firmeza en sus contrarios*”. Este mismo autor, que muy pocos meses antes escribiera: “El aspecto de los negocios públicos era sumamente lisonjero para los realistas a fines de este año (1823). *Desde la jornada feliz de Ica* (desbandada de Macacona, abril de 1822) *habían corrido una carrera de triunfos y glorias. Los enemigos habían sido batidos cuantas veces habían tenido serenidad para ponérseles al frente*” (Macacona, Torata, Moquegua, Zepita, El Talón); ahora, al ocuparse de Junín y sus consecuencias, afirma sin ambages: “Si esta acción se hubiera ganado habría formado el primer eslabón de la cadena de triunfos; se perdió, y lo formó de contrastes y reveses” (obra citada, pág. 263, 292).

Concentración. En determinado momento de la guerra que los franceses sostienen en España, escribe el Emperador a su coronado hermano José: “Tu ejército se encuentra excesivamente disperso; *debe marchar de forma que pueda reunirse en un solo día sobre el campo de batalla*”. Trece días antes de la batalla de Ayacucho escribe Bolívar a Sucre: “*Usted debe tener reunido su ejército y marchar con él siempre unido sobre el enemigo*”. Unas pocas líneas más adelante, insiste: “Digo a usted, rotundamente, que no creo conveniente la operación que usted me ha indicado”... “Si usted la ha ejecutado, habrá usted obrado en sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: *la unión hace la fuerza*” (26 de noviembre de 1824). (El último subrayado es del Libertador).

¿A qué obedecen estas repetidas advertencias? En los primeros días de noviembre, encontrándose el ejército patriota estacionado en la región sur de Andahuaylas; Sucre es informado de que los realistas efectúan una rápida y amplia maniobra de envolvimiento que amenaza la seguridad de sus tropas (página 127). Pero dejemos, mejor, que el propio general explique a Bolívar los sucesos: “En mi susto por la dispersión en que estaba el ejército, dije muchas veces: “está bien castigada mi culpa cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto”³⁴

34. Juzgamos conveniente presentar estas líneas dentro del contexto general de ideas de Sucre; hechas conocer a Bolívar en su carta del 7 de noviembre, fechada en Pichirhua:... “Resolví, pues, aquel día (2 de noviembre, fecha de la llegada de una del Libertador) verificar nuestra marcha para Andahuaylas, y por esta y otras razones me vine para el ejército. En el tránsito a Lambrama recibí el parte del general Miller, de que todas las fuerzas enemigas se movían sobre nosotros y que tendríamos que batirnos al día siguiente, 3. Este aviso me causó a un tiempo sorpresa, disgusto y placer. Sorpresa, porque siempre conté tener avisos más anticipados del general Miller; disgusto, porque nuestra primera división estaba a 8 leguas (39 kilómetros) del enemigo, mientras nuestro ejército, extendido en 20 ó 25 leguas (110 ó 138 km.), no podría reunirse adelante; y placer, porque veía que si los enemigos venían teniendo (nosotros) reunido el ejército, ya contábamos con un triunfo. Nunca he dudado de la victoria”.

“En mi susto por la dispersión en que estaba el ejército, dije muchas veces: “está bien castigada mi culpa cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito

V. LIBERTADOR

Guerra y opinión pública

Se han puesto, frente a frente, dos grandes figuras americanas, San Martín y Bolívar. Hemos dicho que el primero *parece* haber buscado la independencia peruana —sin hallarla— mediante una *solución no sangrienta*, fórmula que acaso lo arrastrara a su tan anhelada monarquía. El segundo, por temperamento hecho a los métodos drásticos, *buscó* nuestra independencia —y la halló— en la *solución militar*: la batalla. Un trono, una espada.

Frente a un mismo problema, en el mismo teatro, dando cara al mismo enemigo, los cambios elegidos son diferentes: dos hombres, dos sistemas. La raíz de tan opuestos procedimientos acaso radicara en el diferente concepto que el argentino y el venezolano tienen de la opinión pública y de su influencia en el problema que el destino pone sucesivamente en manos de uno y otro. Uno *trata* de desatar el nudo; *lo corta* el otro.

En horas difíciles de la Segunda Guerra Mundial, expresa Eisenhower, generalísimo de las fuerzas armadas aliadas: “*Es con la opinión pública que se ganan las guerras*”. No obstante, Montgomery, subordinado suyo, piensa de otra manera: “*Dadle victorias al pueblo, que poco le importará saber quién se las proporciona*”.³⁵

A lo largo de sus dos años de gestión peruana, con la sana paciencia de su proceder, sus muchas conferencias y armisticios,³⁶ solemnes ceremonias y procesiones cívicas e incesantes propuestas de paz, todas infructuosas pero todas bien intencionadas, San Martín demuestra compartir el punto de vista de Eisenhower.

sobre esto. Sin embargo, yo pienso ser algo disculpable si se atiende a que en la posición del enemigo no había peligro en esta colocación de tropas”.

“Tomé, pues, las disposiciones que digo oficialmente, y me he venido aquí con todo el ejército, porque hay pastos, y no falta qué comer a la tropa, a lo menos carne y mote. Si usted hubiera estado en el ejército, la operación más natural, más en orden y más provechosa, era haber marchado a Mamara y buscar al enemigo en cualquier parte; pero yo no soy ni puedo ser jamás resuelto como usted, mucho menos en este caso que no convenía con las opiniones de usted tan repetidas de venir a Andahuaylas”...: “Entretanto, si los enemigos nos buscan, esta posición es la mejor de las que hemos encontrado en un país (región) tan quebrado, y tiene la ventaja de cubrir en cierto modo el flanco por Challhuanca, y nos hemos quitado de la espalda un obstáculo como el (río) Pachachaca”.

“En cuanto a que los godos (españoles) vengán o no, no sé qué decir a usted”... (Los paréntesis son del conferenciante).

35. “Eisenhower: “C’est avec l’opinion publique qu’on pague les guerres.—Montgomery: Donnez des victoires aux gens et ils ne s’inquiéteront pas de ceux qui les ont remportées”. De la obra citada, “*Le dernier coup de dé de Hitler*”, por Jacques Nobécourt, pág. 96.
36. “Ha sido desgracia que ya en dos ocasiones, al estar nuestra tropa en el acto de atacar a este enemigo (divisiones Canterac y La Serna), se ha suspendido por la fuerza de las órdenes de V. E. para cumplir los armisticios; y temo muy fundadamente que tengamos que arrepentirnos mucho de no haber destrozado esta fuerza enemiga, cuando pudimos hacerlo muy desahogadamente si no hubiese sido el impedimento de armisticios”. (Carta del general Arenales a San Martín, Matucana, 30 de julio de 1821.—Colección Documental: “La acción patriótica del pueblo en la Emancipación”. Lima, 1971, vol. 1º, pág. 344).

En los escasos cuatro meses de febril actividad que emplea Bolívar en forjar la espada de Ayacucho, no deja ninguna duda de que razona y obra como Montgomery.

Médico el argentino, cirujano el venezolano: grandes los dos.

Esfuerzo peruano y cooperación americana

Los nombres de Cangallo, Concepción, Reyes (Junín) y Chupaca, bastan, ellos solos, para ilustrar la historia heroica de cualquiera nación. Desde hace siglo y medio, en la ciudad de Buenos Aires existe una hermosa e importante avenida que lleva el nombre de Cangallo, en justo homenaje al valor de los habitantes de este pueblo, auténtica ciudad mártir de la guerra de la independencia peruana, tal como lo fuera la aldea checoslovaca de Lídice, en la Segunda Guerra Mundial, sacrificada por la saña de Hitler. De Reyes —pueblo al que el hijo de Arenales dedica muy emotivas páginas— se expresa en estos términos el historiador español Torrente, al narrar la ofensiva de Bolívar inmediatamente antes de la batalla librada en su famosa pampa: “*Los montoneros de la laguna de Chinchaycocha o de Reyes, cuyos habitantes han sido de los más obstinados y animosos contra los realistas, llamaban la atención de éstos por varias partes, formando una especie de cuerpo de vanguardia, desde que el inglés Miller pasó del cuartel general a ponerse a su cabeza*” (obra citada, pág. 290).

La mujer peruana no estuvo ausente de la guerra. Como consecuencia de la enconada lucha partidista de Riva Agüero-Torre Tagle, los habitantes de la región Ancash-Cajamarca llegaron a odiar el servicio militar, cualquiera que fuese la bandería de los caudillos. Por ello, en noviembre de 1823, al internarse Bolívar “en cuña” —entre el enemigo “interno”, Riva Agüero, dueño del norte, y Canterac, enemigo “externo”, dueño del centro—, encuentra que se le hace el vacío: los habitantes abandonan sus pueblos y caseríos, llevándose consigo todo elemento de vida y movilidad. En esta difícil situación, el general Sucre se ve precisado a recurrir a mujeres campesinas y para organizar el indispensable servicio de “propios” o mensajeros. Y, en esa ocasión, todos los jefes patriotas reconocen esta invalorable ayuda de la mujer peruana.

Hemos escuchado manifestar al general español Torrente, con desagradable sorpresa, cómo en muy breve tiempo, como brotado de las entrañas de la tierra, surge en el norte un magnífico ejército patriota, totalmente equipado y de muy elevada moral. Y claro está que una máquina de guerra de su magnitud y calidad no se monta sin inmensos sacrificios. Dice Bolívar, desde Pativilca, a Santander, Vicepresidente de Colombia (Colombia-Venezuela-Ecuador): “*La marina de Colombia y del Perú nos cuesta más de lo que valemos, porque son ingleses los oficiales y marineros, y porque ganan de 18 a 20 pesos los de última clase, mantenidos a la inglesa, y costando todo (en el Perú) tres veces más caro que en Inglaterra. Agregue usted que tres o cuatro provincias de Colombia y del Perú no pueden hacer la guerra solas, manteniendo, a la vez, gobiernos, ejércitos y marina. La guerra de Pasto (sur de Colombia) sola consume más de lo que da el departamento de Quito. Quiere decir que Guayaquil y Trujillo han de hacer milagros*” (24 de febrero de 1824).

Y es la verdad que, como varita mágica, en brevísimo tiempo, el pueblo peruano, impulsado y guiado por el Libertador, obró el milagro. Poco después escribe al general Salom: “*El ejército del Perú se ha reorganizado a mi lado, y esperamos, dentro de poco, estar en estado de derrotar a los godos*” (Trujillo, 9 de abril de 1824). Antes, previendo un posible ataque del enemigo, había dicho a Sucre: . . . “de ningún modo dejará usted de acercar a su cuartel general el regimiento de Húsares que está en Moro, a ocho leguas distante de Nepeña, al pie de la serranía. Sin este regimiento no dé usted acción alguna, porque se pierde por falta de caballería. *A este propósito mandaré a usted el escuadrón de lanceros del Perú, que es excelente, y está en Huaraz, y marchará inmediatamente hacia Cajatambo*” . . .

En la acción de Ayacucho intervienen dos divisiones colombianas de infantería y una peruana. Así lo señala el orden de batalla. No obstante, se sabe que las divisiones colombianas estaban integradas en no corto número por soldados peruanos, mayormente procedentes de las provincias del norte. En cuanto a la contribución en medios materiales, el muy documentado historiador venezolano Vicente Lecuna, el que mejor ha estudiado los archivos bolivarianos, rinde homenaje al patriotismo peruano, al enumerar brevemente los esfuerzos realizados. “En las tres provincias de Huamachuco, Conchucos y Cajamarca, en el centro de la Cordillera, se fabrican en telares de mano, pañetes muy buenos, color mercilla, propios para pantalones y capotes. En marzo (1824) se encargaron a estas provincias 8.000 varas” . . . “De Lambayeque se sacaron zapatos, sillas de montar, pieles de lobo y cordobanes (piel de cabra). Cajamarca dio telas de lana y algodón. En Trujillo se fabrican cantimploras, lanzas, clavos y suelas y se adobaban las herraduras. De las minas de Huamachuco se extrajo plomo. En Huaraz se hacían bayetas de lana y se teñían de diferentes colores. En esta misma ciudad se fabricaban espuelas con hierro viejo y morriones con correas de cuero bien curtido. En Yungay y Carhuaz, donde pastaba la caballería en abundantes alfalfares, se construían herraduras y clavos, sillas y correas” . . .

Pero la verdad es que la independencia peruana era empresa americana, además de peruana. Y así como con duros sacrificios de Chile se organizó la Expedición Libertadora que O’Higgins puso en manos de San Martín —soldados, barcos, armas, dinero, poderes para pactar con el virrey del Perú y ¡un Cochrane!—, en forma análoga, diversas regiones del continente colaboran en la gigantesca empresa de Bolívar. Continúa Lecuna: “A Guayaquil pidiéronse lanzas largas y fuertes al estilo apureño (de Apure, región de los llanos venezolanos); también suelas, pitas, hierro de Vizcaya, pólvora, plomo y fusiles. En este importante departamento, fuente principal de recursos de la campaña del Perú, se construyeron además vestuarios y capotes con paños de Quito” (“Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar”, Nueva York, 1950, tomo III, págs. 395-396).

Hábil psicólogo, el Libertador sabe despertar la emulación entre las varias provincias a las que se dirigen en demanda de auxilios. En carta al general Salom, que se encuentra en Quito, le escribe el 15 de enero de 1824, también desde Pativilca:

“Usted mismo estará convencido que la contribución impuesta al departamento de Quito ha tenido el lugar de la contribución directa, y que es una grande

injusticia negarse a satisfacerla. Así pues, usted procurará hacerla efectiva, pues de ningún modo son comparables los auxilios que ha prestado Quito con los que ha hecho y continúa haciendo el departamento de Guayaquil. A Guayaquil se le debe setecientos mil duros y yo no sé que a Quito se le deba otro tanto". Provocado en esta forma patriótico contrapunteo entre ambas ciudades desde antiguo rivales, la cosecha lograda tenía, forzosamente, que ser abundante. Y pronta.

Ya en fulminante marcha sobre el enemigo iniciada en Huaraz, al llegar a Huariaca (norte de Cerro de Pasco) escribe a La Mar: . . . "Todo está preparado para completar la destrucción de los enemigos" . . . "nosotros no dejaremos de llevar 9.000 hombres, *contando con las guerrillas, que en mi opinión valen mucho para todo*" (9 de julio de 1824). No necesitamos repetir el conocido decreto suyo por el que lo Húsares del Perú, luego de su exitoso bautismo de sangre, se convierten en Húsares de Junín, justo premio a su oportunísima y brillante intervención en la batalla del 6 de agosto, librada a 4.200 metros sobre el nivel del mar.

Derrotado Canterac en esta acción, emprende veloz retirada hasta las inmediaciones del Cuzco. Al mando de Bolívar y Sucre, los vencedores lo persiguen hasta detenerse ante las infranqueables márgenes del río Apurímac, el tajo más profundo del territorio nacional. Los habitantes de esta región habían vivido tres siglos de dominación colonial jamás interrumpida. No obstante, veamos cómo acuden al llamado de la patria.

Después de recorrer el Libertador, paso a paso, la mayor parte del territorio que hoy constituye el departamento de Apurímac, desde su Cuartel General establecido en un minúsculo poblado, Chuquibamba —no confundirlo con la capital de provincia homónima, en el departamento de Arequipa—, situado a 12 leguas al Sur de Andahuaylas, escribe a su Ministro General, el ilustre ideólogo peruano José Faustino Sánchez Carrión: "S. E. está muy satisfecho del entusiasmo y contento con que los pueblos reciben a sus libertadores. El ejército ha tenido en todos muy buena acogida, y *son admirables los esfuerzos que hacen para concurrir a su Libertad*". En otra comunicación, desde el mismo villorrio, exprésale: "Los pueblos de esta parte del Perú se muestran cada día más y más amantes de la causa santa de su patria" . . . "Por consiguiente, es muy fácil calcular que dominando el ejército Libertador los corazones de estos habitantes, no sólo no le faltará nada de cuanto pueda servir a su subsistencia, sino aun a su comodidad. Sería, pues, absurdo dudar siquiera por un momento, en nuestra presente actitud, de la pronta y completa Libertad de la República" (4 de octubre de 1824).

Terminemos con palabras del genio venezolano, definitivas y consagratorias en el reconocimiento de la valía del esfuerzo peruano en pro de la independencia de la patria. En carta a su amigo Restrepo, al darle cuenta de la triunfal marcha cumplida hasta noviembre de 1824 (ver página 101), concluye en estos términos:

"Estos prodigios se han logrado con el patriotismo de los pueblos y el crédito del ejército".

Libertador

De hecho, de derecho y según el consenso de entendidos en achaque histórico, Bolívar es el Libertador del Perú. Y no lo es ni puede serlo ninguno otro.

Pocas cosas hay que satisfagan más al espectador de competencias deportivas, que contemplar cómo apenas finalizado reñido encuentro de fútbol en que se disputó con ardor la conquista de preciado trofeo, en medio de los aplausos del público se acercan los vencidos a abrazar y felicitar a los triunfadores. Aún sangrantes las abiertas heridas de los combatientes de Ayacucho —lo valiente no quita lo cortés—, el general Canterac, general en jefe del Ejército Real del Perú, escribe estas nobles palabras:

“Excelentísimo Señor Libertador D. Simón Bolívar. Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos de felicitar a Vuestra Excelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, éste su afectísimo y obsecuente servidor que su mano besa. — José Canterac. Huamanga, a 12 de diciembre de 1824”.

Esta carta demuestra, mejor que pudiera hacerlo ningún otro documento, ser Bolívar nuestro Libertador de *hecho*. Dos meses después de la acción, el Soberano Congreso del Perú expide un decreto que señala:

“Artículo 1º—Se abrirá una medalla en honor del Libertador, que lleve por anverso su busto con este mote: “*A su Libertador Simón Bolívar*”, y por el reverso las armas de la República con este otro: “*El Perú restaurado en Ayacucho. Año de 1824*” (12 de febrero de 1825).

Como vemos, también lo es de *derecho*. Ahora, daremos a conocer algunas opiniones valiosas. El último día del año de Ayacucho, refiriéndose al Libertador expresa una muy notable figura peruana de destacada participación en la victoria, José Faustino Sánchez Carrión:

“Su prepotente brazo cortó de raíz la biforme anarquía de las provincias del norte; ha vencido y humillado, por el sud, veinte mil soldados españoles, arrancándoles las dos terceras partes del territorio que dominaban, y salvando todo el Perú del yugo colonial”.

Dice un eminente sociólogo y diplomático peruano, Francisco García Calderón:

“Bolívar es el más grande de los libertadores americanos: es el Libertador. Supera a unos en ambición, a otros en heroísmo, a todos en actividad multiforme, en don profético, en imperio... Fue el genio de la Revolución americana, creador, capitán y profeta. Sentía en sí el “demonio de la guerra”... “Como las grandes almas atormentadas, desde Sócrates, obedecía en sus impetuosas campañas a una divinidad interior... pertenece a la ideal familia de Napoleón y de César. Sublime creador de naciones, más grande que San Martín y más grande que Washington” (“Les Démocraties latines de l’Amérique”, Paris, 1912, págs. 53 y 65).

Medio siglo más tarde, escribirá un prominente historiador:

“Iniciada bajo las condiciones más adversas, la campaña final de la libertad del Perú terminó con una victoria que es el más alto título que América ostenta ante la historia y ante el porvenir, y un monumento construido con inenarrables sacrificios sobre el que se yergue la gloria imperecedera del Libertador” (Jorge Basadre: “Historia de la República del Perú”, tomo I, Lima, 1961, pág. 78).

¿Qué dice de él el Gobierno argentino de los días de Ayacucho? Cuando en octubre de 1825 llega a Potosí, en viaje triunfal iniciado en Lima, las Provincias Unidas del Río de la Plata le envían una delegación que lo saluda oficialmente con estas palabras:

...“Numerosos laureles y palmas de victoria han sabido arrancar a la fortuna los guerreros argentinos; pero todos nuestros trofeos aparecen pequeños ante Vos, Señor, el Padre de cinco naciones, que venís desde las bocas del Orinoco, de victoria en victoria, conduciendo el iris de la libertad, hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo. El nombre de Vuestra Excelencia es el más precioso tesoro que el presente siglo legará a los siglos venideros”.

Y San Martín, ¿expresó algo sobre su interlocutor de Guayaquil? En la intimidad de una carta dirigida a su viejo y entrañable amigo, Tomás Guido, su Ministro de Guerra en el Perú, le confía noblemente su pensamiento respecto del hombre que pone punto final al tricentenario capítulo de la historia colonial de todo un continente:

“Los éxitos que yo he obtenido en la guerra de la independencia son bien subalternos en comparación de los que el general Bolívar ha prestado a la causa general de América” (Bruselas, 18 de diciembre de 1826).

El ariete y la puerta

Tal fue la obra de Bolívar, que él mismo resúmela cuando al retornar a la patria exclama ante una asamblea puesta de pie para escucharle: “*En cinco años de ausencia el mundo americano ha dejado de ser español*”.

Los peruanos debemos eterno reconocimiento al genio venezolano que nos dio libertad y patria en los campos de Quinua. Pero no debe ser menor nuestra gratitud a la memoria de los Viscardo, Túpac Amaru, hermanos Angulo, Micaela Bastidas, Zela y Melgar, que con su prédica, unos, y su sangre generosa, otros, prepararon la simiente que fructificó con Bolívar, Sucre, La Mar, Castilla y cientos y cientos de anónimos soldados peruanos, en Junín y en Ayacucho.

Pensemos que no es el último golpe del pesado ariete, *ese solo golpe*, el que derriba la sólida puerta de la fortaleza enemiga. También contribuyen a debilitarla, desarticulando sus piezas y preparando su caída final, los primeros golpes, generalmente los más peligrosos, nunca tan espectaculares como el último, siempre sin premio inmediato...